

~~XXXXXX~~

1-C  
34



Luis y Agustín Millares Cubas

# DOÑA JUANA

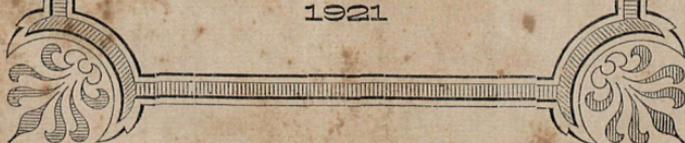
CUENTOS VIEJOS



LAS PALMAS

TIPOGRAFÍA DEL "DIARIO", BUENOS AIRES 36

1921



Luis y Agustín Millares Cubas

---

# DOÑA JUANA

CUENTOS VIEJOS



LAS PALMAS

Tip. del DIARIO, Buenos Aires 98

1921

# DONA JUANA

~~Angelina Hernandez~~  
~~Millan~~

-18-11-1928-

DOÑA JUANA

Gran  
Canaria

I

Empezaban los huéspedes a tomar la sopa cuando doña Juana, acompañada de sus tíos, entró en el comedor.

Fermín dió con el codo a Torrente, su vecino de mesa, expresando su admiración con un chasquido de la lengua.

—Mire, Torrentito, qué mujer acaba de entrar.

—¿Cuál?

—Aquella, hombre, la alta, vestida de negro.

—¡Ah! sí. ¿Le gusta, pollo?

—¡Caracoles! ¿La conoce usted?

—¿Cómo no? Es la viuda de Forastero, una *criancita* que anda raspando, raspando con los cincuenta abriles.

El otro le miró con asombro y descon-

fianza. — ¡Cincuenta años! ¡Qué guasa! — Pero Torrente lo afirmó de nuevo con toda seriedad y luego lo juró por su palabra de honor. Era un caso extraordinario, conocidísimo en Atlántica, la inverosímil prolongación del otoño de doña Juana. ¡Qué guapa estaba aún!

— Diga usted guapísima, — murmuró el pollo.

Y sin dejar tiempo a la señora para gustar la sopa, empezó a acribillarla desde lejos con miradas agudas y brillantes, como la hoja de un puñal. Nunca había visto mujer que tanto le gustase. Calculaba además rápidamente que sería la querida ideal, libre, sin líos ni compromisos, sin exigencias tampoco. Porque a él se le habían presentado otras *proporciones*, que no quiso aprovechar por requerir subsidios muy superiores a su exigua bolsa de teniente.

Que la conquista sería fácil, no había duda. ¡A esa edad! Sin embargo, durante la comida, el galán no adelantó ni un paso, lo cual, con ser tan lógico, no dejó de entristecerle y hasta de molestarle un poco. La viuda, que había notado el ojeo con rapidez femenina, contestaba con severo cierre de párpados a las miradas lánguidas y pedigueñas de Fermín.

Quedóse éste rezagado en la mesa, fingiendo paladear un café que sabía a cucara-

cha, por el gusto de ver de pie y andando a la señora.

Era tan alta que asombraba la primera vez que se la veía. Pero la estatura anormal y la delgadez que en otras mujeres hubiera sido pecado irredimible, eran en la viuda de Forastero timbres de su nobleza estética, porque ella poseía como nadie la misteriosa excelencia de la línea que se llama elegancia.

A partir de aquella noche, Fermín empezó a *ponerle los puntos a la viuda*, como él decía en su vulgarísimo lenguaje.

A sus ruegos, Torrente le presentó a doña Juana, a la tía doña Eugenia y al marido de ésta, don Delmiro Paternal.

Enteróse con placer, por la misma interesada, de que la salud de ella era de bronce, de que no necesitaba ni había necesitado nunca baños minerales, y de que en Aregayeda era nada más que acompañante de sus tíos, que ambos eran herpéticos y reumáticos.

Como la vida en la fonda era aburridísima, doña Juana acogía al chico con cierta complacencia. Esforzabase él por agradar, poniendo sus cinco sentidos en la ropa y en la conversación.

Observaba en Torrente cierta animosidad velada, que se traducía en una extraordinaria exhibición de trajes de franela, panamá, calcetines y corbatas.

Este Ignacio Torrente era un empleado solterón, que a los treinta y cinco años había empezado a engordar de un modo alarmante. El hombre, que era guapo de verdad, vivía en continua tortura, sometido a un régimen higiénico que era una Inquisición rediviva. Le habían aconsejado que se abstuviera del agua y se pasaba los días rabian-do de sed, como un beduino extraviado en el desierto. Pero hasta la fecha el régimen seco, el vegetariano y otros recomendados por médicos y anuncios, habían sido inútiles. El vientre crecía, inflando con su anti-pática redondez chaleco y pantalón, y los bigotes de dorada seda, cuyas puntas habían traspasado tantos corazones femeninos, se erguían en una cara de jamona, con papada de tres pisos.

Trataba de compensar la invasión creciente de la grasa con el extremado puli-mento de su persona. Se afeitaba dos veces al día, con lo que su rostro estaba tan terso y sonrosado como el trasero de una *miss*... Y lo más triste era que nadie se lo agradecía. Las mujeres son insensibles a estos refina-mientos cuando no van acompañados de otros atractivos que constituyen el misterioso valimiento del varón.

Lo más que conseguía era despertar la admiración de doña Eugenia.

— ¿Cómo se las compone usted, Ignacito,

para tener siempre tan limpios los zapatos? Si es el pantalón, nunca le he visto una rodillera, Anda, Delmiro, *desconchabado*, mírate en ese espejo.

Poco a poco se iba estableciendo entre la viuda de Forastero y el teniente una suerte de intimidad.

En aquella época del año, ya entrado Septiembre, había pocos bañistas en Aregayeda y el día lánguido y perezoso, con sus horas vacías de toda ocupación, la silenciosa noche campesina, favorecían las aproximaciones.

El chico comprendía que *gustaba*. Procedía con exquisita cautela, con atávica habilidad de macho, tapando su fiero apetito con la máscara de la humildad y el respeto.

Poseía la valiosa cualidad de saber hablar con las mujeres, de entretenerlas con mil banalidades simpáticas, y conocedor del flaco de la viuda, que era una propensión irresistible al fisgoneo y a la burla, se valía de los tipos más o menos cómicos que les rodeaban, para ganar lentamente su confianza.

Revelaba los secretos de tocador del pobre Torrentito, el masaje cotidiano de los tejidos de la cara, la matinal enema, la faja de elástico que le cinchaba el vientre, los maniluvios sempiternos. (En cambio descuidaba los pies y otras regiones que no es-

tán a la vista). Reíanse juntos de la neurósis de otro bañista, el Magistrado D. Paulino, que no le daba la mano a nadie por miedo a los microbios y se pasaba el día lavando con sublimado los lentes, el forro del sombrero y el puño del bastón.

Pero lo que realmente les unió en una especie de complicidad maliciosa, fué el análisis que hizo doña Juana del caso de su tío don Delmiro.

Tenía este señor la especialidad de las sinecuras o canongías (cargos con algo de sueldo y poco de trabajo), de modo que no vacaba una de ellas en Atlántica, sin que al punto no fuera pretendida y alcanzada por el Sr. de Paternal.

La explicación de este cúmulo de *momios* (consulado con patentes, cátedra sin alumnos, empleo de la Diputación sin oficina) estaba, según la aguda doña Juana, en que su *titi* había sabido resistir siempre al vicio de hablar, tan común entre sus paisanos. Materialmente era de los que le daban siete vueltas a la lengua antes de hablar. (Y hasta se le notaba el movimiento de mandíbulas correspondiente a los siete torniquetes). Además, practicaba un sistema de sahumero completamente inédito, que consistía en censurar discretamente a las personas cara a cara y en alabarlas con estrépito a espaldas vueltas. ¡Qué hallazgo, ¿eh? qué re-

finamiento de pebete en un país en que todo el mundo *habla por detrás!*...

Cuando esta disección se practicaba, subían doña Juana y Fermín emparejados las vueltas que llaman de Adargoma, por las que, entre castaños y nogales, se asciende desde el barranco en que se hallan los baños, al pueblo de Aregayeda. Detrás iba el disecado con su señora y algunos bañistas.

El pollo se reía, deleitado por aquellas murmuraciones que le sabían a confidencias. Elogiaba el talento, la agudeza de la dama, comprendiendo que a ella le agradaba que la tuviesen por mujer inteligente, muy por encima del triste rebaño que en España forman las de su sexo.

Ella entonces le llamó *discípulo del tío Delmiro*, y como él no entendiese, y la mirase estupefacto con sus hermosos ojos azules abiertos de par en par, la entró un ataque de risa y hubo de pararse en mitad de la cuesta.

El pollo, algo amoscado, le preguntó por qué se reía.

—Por nada, hombre, por nada. Es que entre las vueltas de Adargoma y el incienso que usted me echa, me he quedado sin respiración... ¡Jesús!

... Estaba hermosa en aquel instante, parada en mitad de la senda, con el pecho

algo anheloso, encendida la cara por roja llamarada de vida, entreabierta aquella boca suya tan deliciosa, arqueada hacia arriba como una roja media luna, al aire la cabeza rizada como la de una negra, con algún hilo blanco aquí y allí. Sus ojos grises, maliciosos, se empañaron levemente cuando el chico, que la contemplaba en éxtasis, le dijo al oído:

—¡Hermosa! ¡Divina!

Quiso ponerse seria, aunque la risa le bullía dentro del pecho:

—No vuelva, ¿eh? a decirme esas cosas. ¿Le he dado yo motivo para que me falte al respeto?

—¿Faltarle yo? ¡Doña Juana, por Dios!

Tan trastornado se puso, que se le cayó el cigarro y como lo buscara inútilmente entre la hierba, la señora se detuvo, sofocada, tratando de contener con el pañuelo los borbotones de risa que pugnaban por echarse fuera.

Fermín, indignado, protestó:

—Señora, pido permiso para retirarme. No me gusta *hacer el ridículo*.

Pero en este momento, con la velocidad del relámpago, brilló en los ojos de la viuda una mirada tan significativa, que el muchacho, lleno de orgullo y de confianza, se acercó de nuevo.

—Bueno, riáse, riáse, mala persona, co-

razón de roca. Vamos, agárrese de mi brazo, no vaya a caerse.

La presión de la mano larga y fina, del brazo redondo y cálido, acabó de trastornar al chico. De improvviso, todo el contorno le pareció divino, adorable, el cielo, los árboles, la campiña que se dilataba a sus pies hasta perderse en una lejanía azulada. Saboreaba el aire sutil, como si fuera un néctar delicioso, sus pies se hundían con fuerza en la tierra verdegueante y húmeda. Y se le antojaba que todas aquellas sensaciones eran enteramente nuevas, acabadas de fabricar para él solo, que él era un ser privilegiado, elegido entre todos para estrenar el amor y la vida.

---

## II

En el barranco de los Tilos, tal vez el único sobreviviente de los románticos paisajes de la gran Atlántica salvaje, se reunieron aquel día de los últimos de Septiembre casi todo los bañistas de Aregayeda para comer un *sancocho*.

Aquella fiesta, que todos los años se repetía, era organizada por el maestro Chano, el marido de Madalenita, dueña de la fonda, sujeto a quien todo el mundo llamaba *maestro* sin saber por qué, pues nunca practicó la carpintería, la herrería, ni arte alguno mecánico, ni jamás trabajó, ni sirvió para nada.

Tenía, sin embargo, una profesión que a él le había resuelto el problema de la vida. *Era enfermo*. Siendo joven, había pasado tres meses en Fernando Póo, de donde volvió con una misteriosa dolencia, que no se revelaba por ningún síntoma exterior, como no fuera tal un apetito de lobo. A todas horas tenía *fatigas*. Cuando se le preguntaba

por el estado de su salud, respondía con cierto orgullo:

—Siempre con el hígado en pepitoria.

Ligeramente excitados por unas copitas de ginebra, los expedicionarios empezaron a divertirse.

¡Las delicias del juego del *cedacito*! ¡Qué emociones, qué carreras entre los troncos que servían de refugios! ¡Y el *guirgó*! ¡Cómo sonaba, delgada y trémula, la voz de las muchachas ocultas entre los helechos!, ¡*guirgóoo!*..., evocando el recuerdo confuso de una fiesta salvaje entre indígenas ágiles, candorosamente desnudos...

Después se sirvió el almuerzo, sobre la hierba espesa y húmeda. Humeaba en el centro el *sancocho* de pescado y papas, entre gallinas, carne mechada, huevos duros, *sopa de ingenio* y *bienmesabe*. Circulaban las botellas, mensageras de la alegría.

Y al son de una asquerosa guitarra que tañía el maestro Chano, bailaron las sevillanas las dos niñas del Magistrado, Encarna y Trini, dos polluelas con inquietos hocicos de roedores.

Después cantaron los niños de Lentscal.

Sin ser gemelos, se parecían extraordinariamente. Ambos tenían narices extra-planas, delgadas y curvas como cimitarras, de modo tal que la respiración tenía que

efectuarse por la boca, que en ambos era pequeña y redondita como el trasero de un pollo, condientes menudos de ratón. La música actuaba en ellos como un contagio. Desde que uno empezaba a tararear, saltaba el otro a hacerle el duo, a veces a distancias inverosímiles.

Difícilmente se hubieran hallado dos chicos más decentes, más bien educados y más habilidosos de manos.

....El acontecimiento del día era el asedio de la viuda por los dos rivales.

Torrente, vestido de blanco como una desposada, desde los zapatos hasta la gorra japonesa, no dejaba respirar a doña Juana. Comprendiendo que no gustaba, se empeñaba tontamente en perseguirla, en fingir intimidades que no tenía con ella. Pero a nadie engañaba. El preferido era el otro, el feliz poseedor de los veinte años.

Al caer la tarde, cuando ya eran de color de naranja los rayos del sol que se metían entre el follaje, pudieron aislarse *ella y él*, debajo de un castaño gigantesco; a cuya sombra quizás reposara Doramas y en cuya corteza centenares de cortaplumas grabaron cifras y fechas, unas frescas y recientes, otras remotas como aquella célebre, origen de tantos comentarios sentimentales: "Soy feliz—Mayo 7 de 1835." ...Era inevitable la evocación de una mañana de pri-

mavera, tibia y azul, y de una pareja de románticos, inocentemente confiados en las promesas de la vida.

Sentíase Fermín cohibido, lleno de vergüenza. No sabía cómo empezar. El, que había seducido en Madrid y en Barcelona a tantas modistas y criadas de casa con el prestigio de su labia, de su airosa figura y de su brillante uniforme de caballería, no acertaba con la *forma artística* de la declaración, tratándose de una *señora honrada*.

—Voy a meter la pata—pensaba con angustia—. De seguro que me salgo con una gansada. Pero si callo, merezco que me den de cachetes.

Porque él conocía que era necesario hablar. Advertíasele la actitud seria y mediatibunda de la viuda, su tenue y forzada sonrisa, la inquietud nerviosa del pie estrecho y elegante que cambiaba de sitio a cada instante, dejando en la tierra húmeda huellas encantadoras.

Más que la muerte temía ella que se saliera con una gansada. ¡Qué lástima que hablar no supiera, sabiendo tan bien mirarla! Sus ojos azules, de una gran potencia luminosa, llameaban en su cara tostada, algo ascética, de mejillas planas, mentón energético, boca encendida cuya sonrisa iluminaba el rostro con el brillo de la dentadura sana y fuerte.

Doña Juana, al mirarle de reojo, pensaba: ¡Qué guapo es! Nunca había visto hombre que tanto le interesara. Pero, ¡ay! le parecía que de *intellecto* no andábamos muy allá. Así es que su admiración fué grande, al encontrar muy de su gusto todo cuanto el chico la dijo. No eran, es claro, cosas del otro jueves. Que si aquel romántico de 1835 nunca fué tan feliz como lo era él entonces; que si cien años viviera, cien años se acordaría de aquella hora divina; y luego la letanía interminable de las adulaciones, el dulce regalo del oído, tan viejo y siempre nuevo. Que si ella era una diosa, una maravilla de la creación, que si los ojos, que si la boca, que si la mano... Y todo esto medianamente recitado, con algo de temblor en la voz y en las mejillas y en las orejas ciertas manchas rojizas, que no eran ciertamente un artificio retórico, sino consecuencia de una verdadera emoción. Mientras tanto, la zambra continuaba. Las niñas de don Paulino bailaron el *cake-walk* y los extraplanos Lentiscales recorrieron su repertorio, desde el antediluviano Robinson (*ay mi señó, ay cucuyé*) hasta la novísima danza del Paraguay.

Cuando Fermin se levantó, le temblaban las piernas, como después de una larga cabalgada. Respiraba a sus anchas, como si hubiera dado cima a un trabajo heroico.

Principio quieren las cosas. Lo demás sería cuestión de tiempo. Y como éste apremiaba, pues ya les quedaban pocos baños al tío Delmiro y a la tía Eugenia, preciso era apretar el cerco, envolver al enemigo y no dejarle respirar hasta que se rindiése. Una vez en Atlántica, recluida de nuevo en el estrecho recinto de su vida sedentaria, rodeada de su familia, vigilada por cien ojos, el triunfo sería muy difícil. Porque él no se contentaba con suspiros, epístolas y recaditos. La vida regalada y ociosa del balneario, el aire sutil y excitante de la campiña, la forzada castidad, enardecían su sangre juvenil, turbaban su sueño con imágenes cuya precisión le admiraba y le enloquecía.

Cuando regresaba al pueblo, Torrente tenía el aspecto de un vencido. Hasta parecía más craso y arrastraba los pies al andar, como un vejestorio. Algo se levantó durante la comida, pues doña Juana le dió un poquito de palique, con sorpresa e indignación de Fermín. Pero luego en la sala, mientras una de las niñas del Magistrado le daba tortura al piano, más necesitado que nadie de los baños de Aregayeda, los ojos de la viuda acariciaron al muchacho largamente, con extraña expresión de dulzura, indecisión e ironía. Más tarde, hallándose él apoyado en la baranda del corredor, hablando con un huésped, pasó ella con dirección a su cuarto

y le miró de nuevo, pero con expresión francamente apasionada, sin restricciones maliciosas, con la ingenuidad y la ternura con que le hubiese mirado una mozueta de quince años.

---

### III

No hay que decir que todos los bañistas y hasta los vecinos del lugar, estaban en el secreto de aquella curiosa aventura.

Para apreciar la enormidad de aquel suceso, ¡la viuda de Forastero en amores con un teniente!, hay que hacerse cargo de las circunstancias.

Doña Juana, sin exagerar, era conocida en toda la isla. ¡La nieta de señor Panchito Piletas! Aún no se había borrado el recuerdo de *nuestramo* Piletas, el contraamaestre de la "Afortunada", después negrero, luego prestamista, y en fin, propietario de casas y haciendas. Como tuvo tantos hijos como meses tiene el año, fallecido *nuestramo*, su familia tornó a la mediocridad originaria. Sólo Jeromito, el padre de doña Juana, supo levantar cabeza. Cogióle en sus verdes años la dorada época de la cochinilla, y fué tal su previsión, su habilidad y su suerte, que en negocios que a otros arruinaron haciéndoles sentar el traste en el sue-

lo, se puso las botas aquel maravilloso Piletas. Su fortuna se cita aún como una de las más cuantiosas de la Isla, poniéndosela en parangón con el caudal de las llamadas *Casas* o sea de las tres o cuatro familias de la nobleza isleña, que conservan y aumentan el patrimonio familiar.

De este Jeromito fué hija única doña Juana. Figúrense ustedes, pues, el escándalo que armaría la gente cuando supo que a la nieta de nuestramo, tan guapa como rica, lo que ya es mucho decir, se la llevaba uno de *afuera*, Forastero también de apellido, noble sevillano, según se dijo, sin una peseta, pero con un espléndido tipo varonil. El matrimonio fué dichoso, pero muy breve (lo bueno poco dura). A los dos años, murió Forastero de una peritonitis. Tenía entonces Juanita veintiún años, de modo que toda su juventud la pasó en la viudez, sin que de ella *se hablara* absolutamente nada. Ya en la edad madura había logrado imponerse a todo el mundo por su dinero, por su influencia, por su tipo arrogante y autoritario, y por su tino infalible para husmear lo ridículo en cosas y personas y ponerlo de relieve. Su hijo único, Antonio, abogado sin pleitos (¿para qué los quería?) estaba casado con una hija de don Juan Manuel de la Sorna. De modo que la viuda e hijo de Forastero pertenecían ya a la aristocracia. Doña Juana nun-

ca se acordaba de los Piletas (la tía Eugenia era hermana de Forastero) y eso que los Piletas pululaban en la sociedad Atlántica más que las cucarachas en un sumidero. El *risco* estaba lleno de Piletas: había Piletas tartaneros, Piletas a la Costa y Piletas *en el carbón*.

Sabidos estos antecedentes, se comprenderá la sorpresa de los bañistas ante el caso inaudito. ¿Se había vuelto loca doña Juana? A nadie se le ocurría que pudiera estar enamorada, porque este accidente es el último que toman en cuenta los psicólogos burgueses. Unos hallaban en causas fisiológicas la explicación de aquella hoguera vespertina y absolvían a la viuda verde con intencionada sonrisa de médicos; otros, aparentando creer en un romanticismo trasnochado, hablaban de chifladura, otros de reblandecimiento, y otros, en fin, le atribuían el negro designio de marear al muchacho por pasar el rato y burlar el fastidio de los días interminables de la temporada de baños.

Los comentarios eran menos piadosos cuando versaban sobre los móviles del pretendiente. Recordábanse los casos tan frecuentes de ojeadores de dote, de los mancebos de afuera, sin más propiedad que los bigotes y la maleta, que habían *arramblado* con las muchachas más ricas del país. Tal

era el plan del segundo teniente. Quería pescar a la jamona con el cebo de su juventud y de su fingida admiración. Era un peine que pretendía resolver *a la songuita* el problema de la vida.

Respecto a si *ella* había o no había *caído*, había opiniones. Torrente, por ejemplo, era de los que afirmaban que doña Juana se *estaba quedando* con el teniente, que ni hacía, ni se dejaba hacer, no por virtud, sino por frialdad ingénita, por carencia absoluta de *temperamento*. (Para él eran frías todas las mujeres que no le hacían caso.) Los chicos de Lentiscal defendían a la de Forastero, que era amiga de su mamá. La señora era demasiado correcta para... y además en aquella estrecha fonda, con tantos pares de ojos que les vigilaban, ¿cómo era posible hallar ocasión y lugar para..?

A lo que el Magistrado don Paulino replicaba:

—Sois unos bobos. ¿No sabéis que cuando una mujer quiere, encuentra, no digo yo una hora y un lugar, sino ciento? Cuando vosotros la suponéis contestando la demanda, quizá esté ella ejecutando la sentencia... por la vía de apremio.

No se equivocaba el viejo neurótico. A la sazón en que esto decía, ya Fermín había ganado el pleito.

¿Cómo había sucedido ello? Pues de la

manera más estúpida del mundo, por causa de lo que ella llamaba, en sus diálogos consigo misma, recordando una novela francesa, *la fatalidad del gesto comenzado*. Es verdad que muchas veces consumamos un acto sin otra razón que la de haberlo comenzado. ¿Quién la mandó empezar el *flirt*..? Nadie. Pues si lo empezó era lógico que continuase. Dejar de mirar al chico, hubiera sido más que nada faltar a la lógica, al encadenamiento ordenado y gradual de los sucesos. Así ella aparentaba creerlo en estos diálogos irónicos consigo misma, pero la verdad es que el muchacho le gustaba extraordinariamente, como ningún hombre hasta entonces. Así lo reconocía ella, cuando metía muy adentro la sonda. Pero, ¿le quería de verdad? Le parecía que no, que la situación podía definirse de este modo: "Si ella gozara de los privilegios masculinos, tendría un *capricho* por Fermín, le pondría casa, le compraría joyas, pero no se casaría con él." ¿Qué tal? Buena estaba la viuda de Forastero!

La fatalidad del gesto fué para ella cómoda explicación de aquel movimiento de cabeza, cuyo recuerdo le avergonzó por tantos días. Fué al dar la vuelta al comedor, al retirarse a su cuarto, por la noche. Acompañado de una mirada rápida y seria, aquel ligero movimiento sólo tenía una traducción, más clara que el agua.

Dos vueltas a la llave. ¿Qué hora sería? Consultó el reloj, acercando la pulsera a sus ojos de miope. ¡Las once! Era demasiado temprano. Si acaso, vendría después de media noche, cuando los huéspedes estuviesen en el primer sueño.

... Afuera reinaba la serenidad luminosa de una noche de verano, el silencio de los campos apenas turbado por confusos ruidos, monólogo de una acequia lejana, aguda canción de los grillos...

¡Las doce! Sería gracioso que no viniera, después de la cita que ella le había dado, con el descoco de una mala mujer. ¿De nada le serviría haberse portado como las del *seis de copas*? ¡Cuidado con los respetos del niño! El que por fino, por delicado, por circunspecto o por lo que sea, desatiende la invitación de una mujer que le gusta, es un pedazo de gánapiro, una acémila digna del pesebre.

¡Pasos en el corredor! ¡Se atrevía, se atrevía! Y en aquel punto, sintió Juanita una cosa muy rara, absolutamente inesperada, el corazón que se le sublevaba, subiéndosele a la garganta, a cada brinco de su baile furibundo.

Quiso dominarse, sobreponerse a la emoción que juzgaba ridícula. ¡Vaya con la novata! ¡A sus años! Y sobre todo, dueña era de abrir o no.

---

Los pasos se detuvieron junto a la puerta. Eran blandos, esponjosos, como de persona que se ha quitado los zapatos y anda con los calcetines. ¡Qué detalle!

Una voz temblorosa, queda, profunda, susurró: ¡Juana!

Enseguida echó ella mano a la llave. ¿Abro o no abro? La fatalidad del gesto comenzado... ¡Hombre, sería curioso que yo abriera!.. Y abrió.

---

## IV

A las cinco, los gallos tocaron diana en la penumbra y la campana de la parroquia llamó a la primera misa. Aregayeda despertaba, las puertas gemían al entreabrirse, el mujido profundo de las vacas brotaba de la sombra de los alpenderes.

A las seis, la salida de la primera tanda de bañistas alborotó la fonda. Las patadas de los mulos, las voces de los arrieros, las toses, el rebullicio y las carreras de los huéspedes por pasillos y corredores, hacían imposible el reposo.

Una voz bronca y soñolienta gritó en el patio:

—¡Andense, caramba, que se hace tarde!

Arreció el estrépito. Alguien que pasaba, aporreó la puerta y dijo:

—¡Levántese, perezosa!

Ella, desde la cama, contestó:

—Buenos días, Torrente.

A las siete, la criada entró el chocola-

te y se llevó las botas para limpiarlas.

Doña Juana devoró con entusiasmo el desayuno. Sentíase capaz de tragarse una gallina, un buey. Saltó de la cama, y sus pies descalzos tantearon en la alfombra, hasta dar con las zapatillas. Arrancóse la camisa de dormir, y desnuda, con los brazos en jarras, estirábase lentamente, con ligera voluptuosidad. Sentíase alegre, fuerte, resuelta, capaz de darle en el acto dos bofetadas a cualquiera. Recorrió la habitación en cueros, abriendo y cerrando baules, sacando lo mejorcito, tocada de un afán juvenil de componerse, de eclipsar a las compañeras de sexo.

Vista sin ropa, no parecía tan alta doña Juana. Su cuerpo moreno, sembrado de lunares, firme y derecho como un pino, encarnaba la idea de salud, de potencia fisiológica, con su talle largo, su seno pequeño y rígido, su vientre pulido, sus caderas curvadas como un ánfora, sus piernas duras y fuertes como las de una bailarina.

Puesta ya la camisa, miróse con curiosidad en el espejo herpético. ¿Se conocería *eso*? Cuando dentro de un momento, la tía Eugenia le echara la vista encima, ¿caería en la cuenta de que...?

El espejo no la tranquilizó sino a medias. Cierto que era la cara de siempre, morena y pálida, la boca arqueada hacía arriba

como una roja media luna, los ojos grises, irónicos, simpáticos, la nariz de purísimo corte, el pelo rizado, espeso, de una negrura intensa y brillante como la del carbón... pero todas las facciones tenían un fulgor extraño, como si las hubieran barnizado con entusiasmo y alegría. Parecía que al acercarse a ella, todo el mundo habría de notarle olor a felicidad.

El día aquel pasó, rápido como un suspiro. Ella esperaba con impaciencia la noche, porque le había ocurrido la idea de estudiar al chico, de observarle serenamente, para descubrir su secreto. ¿Por qué se dirigió a mí? ¿Será porque le gusto *simplemente* como toda hembra agradable gusta a un varón, o porque será un *cuico*, que ha visto en perspectiva el gran porvenir, el problema resuelto, la vida abundante y fácil, sin la servidumbre del trabajo? Ella haría por descubrirlo.

Pero no lo descubrió ni en aquella noche ni en las siguientes, porque las caricias del muchacho la enloquecían, quitándole la facultad de analizar. La verdad se diga. A ella nunca la habían querido de tal suerte. ¿*Cuando adonde* se le hubiera ocurrido al correcto Forastero saborearle los párpados como se saborea un dulce, meterle por los oídos palabritas embriagadoras, forradas en besos, aspirarle la sangre a través de la

piel, adornándole el cuerpo con aureolas de grana, efímeras como las rosas?

Por sabido se calla, que a los dos días toda la fonda estaba enterada de las entrevistas nocturnas.

¿Quién descubrió el secreto del corredor? Pues, sencillamente, Teodora, la criada de doña Eugenia, que, por culpa de unas lapas, tuvo que visitar a media noche cierto perfumado camarín. Lo que tardó en amanecer, tardó ella en irle con el cuento a la señora.

—Mujer, ¿qué me estás diciendo?

—Señora, lo *vide* como estoy viendo ahorita a su merced.

—¿Que viste al *monifato* ese..?

—Señora, tullidos sean mis huesos si no era ese peninsular que llaman don Fermín Orinarte.

—Uriarte. ¡Qué escándalo! ¡Una señora! ¡Y en una fonda! ¡Y con un grandísimo baladrón, que seguramente va *tras* de las perras!

—La mujer y la gaviota, *entre* mas vieja, más loca.

Consultado el caso con su marido, la señora de Paternal decidió no meterse en nada. Era tan amiga de la tranquilidad que a veces, con tal de no molestarse, dejaba que le pasasen carros por encima. Acontecióle alguna vez, durante su matrimonio, trope-

zar con hombres que le gustaban mucho más que su marido, pero siempre se contentó con engañarle mentalmente. La frente de Paternal se salvó más de una vez *en una tabla*, porque doña Eugenia nunca se decidió a dar el salto, por no perder su tranquilidad, justificando así la máxima del gran misántropo: *L' honnêteté des femmes est souvent l' amour de leur réputation et de leur repos.*

Resolvieron, pues, callarse y abstenerse. A ellos, ¿qué les iba ni venía en el asunto, después de todo? *Quete cuá, quete cué. Entendevos.* Además, a Paternal no le convenía indisponerse con las influencias de su sobrina. Sin contar con que allá para sus adentros, le alababa el gusto. (No hay nada que mejor pruebe a los viejos que un emplasto de juventud.

Al que peor le sentó la noticia fué a Torrente. Increído por orgullo, cercioróse de la realidad mediante observación directa. Vió a Fermín con su americana de cuello vuelto sobre la camiseta interior, oyó sus tenues pisadas de gato en celo y el ansioso repique de sus dedos en una puerta cerrada que instantáneamente se abrió.

Su amor propio extraordinario le sugirió una reflexión consoladora:

—Esta mujer estaba pidiendo macho. Razón tenía don Paulino. El otro, que es atrevidillo, me cogió la delantera. Bueno.

Pero, amigo, no se ha perdido nada. Ahora me toca a mí.

Y en efecto, como los amantes se *veían* cada tercer noche, una de aquellas en que no tocaba conferencia, Torrente, vestido de franela blanca, con camiseta de seda celeste y calcetines calados, más oloroso que un pebete, llamó cautelosamente a la puerta de doña Juana.

Abrió ella enseguida, creyendo que el muchacho solicitaba un dulce anticipo. Cuando vió aparecer a Torrente con los bigotes tiesos, como un paréntesis de pelo en su cara de jamona, y un galante *deshabillé* que exhalaba un mareante olor a trébol, se quedó de pronto estupefacta, pero enseguida le entró un ataque de risa tan fuerte, que de seguro se hubiera muerto, si intentara reprimirlo.

En vano pretendía hablar, mostrarse severa. Quiso varias veces decirle: ¿Qué es esto, señor mío, qué atrevimiento...? Y un hi-po convulsivo le atajaba las palabras.

El pobre Torrente, que venía preparado para vencer una discreta resistencia, quedóse ante la risa no prevista, absolutamente desconcertado. Dos o tres veces intentó acercarse, con una sonrisita de *as orimbado* que daba compasión, y otras tantas le rechazó la señora con el gesto, llorando de risa. ¿Qué remedio? Había que retirarse.

Noche perdida. Pero ya en el umbral, pensando en que al día siguiente se trataría a sí mismo de idiota y de ganso, y recordando los consejos de un su amigo, gran conquistador de criadas, de las que siempre triunfó a fuerza de puños, decidióse a intentar lo que ellos llamaban *el salto del caballo*.

Era una acometida feroz, el topetazo de un toro salvaje para arrojar de espaldas a la hembra, desconcertada y vencida.

... ¡Ahora, Ignacito, ahora! Y saltó, como una pelota, en mitad de la habitación. Pero doña Juana, con innata agilidad de lidiadora, supo hurtar el cuerpo y asiendo la botella del agua que estaba sobre la mesa de noche, la enarboló como una fiera, diciendo con voz de contralto, de esas que le meten a uno el pavor hasta la médula de los huesos:

—¡Torrentito, si no se larga usted enseguida, le estampo esta botella en mitad de la cabeza!

Y el pobre hombre tuvo que marcharse, con toda su compostura, sin haberse estrenado.

---

---

## V

La risa de doña Juana, al quedarse sola, acabó en llanto. Lloraba de coraje. Su orgullo de mujer fuerte, acostumbrada a la obediencia y a la adulación de los demás, se rebelaba ante el insulto de aquel mentecato. Por vez primera se daba cuenta de su falta, de la profundidad del pozo en que se había caído.

—Es claro—pensaba—Este *sanana* de Torrente, los de Lentiscal, don Paulino, todos los huéspedes, se figuran que porque fui débil una vez, lo he de ser ciento. ¿Qué he hecho yo, señor? ¿Qué me ha pasado? Ya no soy doña Juana. Me he portado como una criada, como una cocinera que le abre la puerta a un quinto. ¡Qué castigo! Cuando esto se sepa en la ciudad, si es que ya no se sabe... cuando se lo digan a Antonio...

Ya había pensado ella en la catástrofe que se produciría cuando su hijo lo supiese. Más que la indignación de todo hijo al conocer la deshonra de su madre (aspecto so-

cial del conflicto), sentiría aquel hijo único la horrible quemazón de los celos. ¡Ay, qué bien le conocía ella! Lo que más habría de dolerle, sería la traición de su madre para con él, eso de que un extraño le usurpase una parte del cariño que antes era todo suyo.

—¿Qué he hecho yo, señor?

Quería mirarse por dentro y nada veía. La facilidad y rapidez de su culpa la llenaba de asombro, turbándola con la impresión de estupor que nos produce lo inesperado de la vida, crisis de alegría o de amargura, independientes de nuestra voluntad, reveladoras de la omnipotencia de obscuras fuerzas, de manos formidables que brotan de la sombra para repartir ciegamente palos o caricias.

—Si al menos yo le quisiera con delirio, tendría disculpa. Pero, ¡caramba, si me parece que lo que es adoración, lo que se llama chifladura no la he sentido aun! Esto sí que está bueno. ¡Este maldito carácter...! ¡Cuánto mejor no sería entregarse una a la Naturaleza, al instinto, en vez de pasar la vida observándose y conteniéndose por miedo a quedar en ridículo ante sí misma, por este temor maniático de ir más allá del propósito... ¡Eh! ¡Lléveselo todo la trampa! La verdad es que no he vivido días como estos. Si él me quiere, ¡jade'ante! Pero la cuestión es esta: ¿me quiere él o no me quiere?

Era preciso someterle a prueba. A la

noche siguiente, doña Juana, como la cosa más natural del mundo, le dijo que ya las entrevistas *tocaban a su fin*, puesto que el término de la temporada traería consigo el de aquellas relaciones de verano, aventura simpática que para ambos sería un agradable recuerdo. Una vez restituidos a la ciudad, se verían, sí, de cuando en cuando, en la calle, en la Iglesia, en el Teatro, se saludarían como amigos, como buenos amigos...

El chico, que estaba de hinojos ante ella y se entretenía en besarle las rodillas, meneaba la cabeza, sonriendo. Si, si, todo lo que ella quisiese. Podían romper desde mañana. ¿A él qué le importaba?

Pero cuando llegó a figurarse que no se trataba de una guasa como las que Juanita solía gastar, se puso frenético. Hasta *le sacó* un revólver. Ella primero. él después. Doña Juana, entre seria y risueña, le cogió la cara, juntándola con la suya, buscando con intenso afán la verdad en el fondo de las brillantes pupilas azules. Nada vió: luz, fuego... ¡Bah! ¿A qué apurarse? Nadie leyó jamás en el alma ajena.

Fué aquella una noche de violencia, un abrazo interminable semejante a una lucha. Vencida por la ingenua y avasalladora caricia, Juana se entregó por vez primera con absoluta sinceridad, abandonándose a la entera discreción del amante. Las horas

pasaban con escandalosa rapidez. Dieron las dos. Y entonces él la dijo, haciendo como que se levantaba:

— Me voy. Te estoy dando una lata soberana.

A lo que ella contestó, apretándole la cintura con la ardiente cadena de sus brazos:

— Mejor. ¡De aquí no te vas!

De tal suerte que, habiéndose quedado dormidos a eso de las cuatro, les sorprendió la primera luz abrazados en mitad de la cama.

Poco después de las siete, despertó de golpe doña Juana y se arrojó al suelo. ¡Virgen santa, estaban llamando a la puerta de su cuarto!

Una voz de hombre, la voz que ella mejor conocía en este mundo, sonaba en el corredor.

— ¡Anda, nené, llámala con tu manita!

¡Así! ¡Mamá Nana, despierta!

Y una vocecita de pitadera, repetía:

— Mamá Nana, *depetá*.

-- ¡Santo Dios, Antonio!

Sacudió al durmiente, costándole gran trabajo despertarle y hacerle comprender lo que pasaba. Ordenóle que se vistiera a todo escape y luego, alzando la voz, dijo:

— ¿Antonio?

— ¿Señora?

— ¿Cuándo llegaste?

—Hace un momentito.

—¿Vino Pepa también?

—Abajo está con tití.

—Bueno. Espérame en el patio que enseguida me levanto.

—¿Y no le dices nada a la *Porrucita*?

De muy mala gana, aflautando maqui-nalmente la voz, dijo la señora:

—¡Hola, Porrucita! ¿Cómo está mi Porrucita?

—Contesta, mujer. La Porrucita estuvo mala de la barriga, pero mamá le dió la bebida canela... y se le quitó.

—Llévatela al patio, enséñale las flores y el pajarito.

—Bueno. Un besito volado a mamá Nana. Así. Dile ahora:

—Anda prontito, que se enfría el *chocolate*.

—¡Que ya voy, te digó!

—Llámala otra vez para que *se ande*. Así, así. *Mano meta, toca a la peta*.

.....

Separáronse los amantes con un abrazo fiero y prolongado.

—Siempre mía, ¿verdad? ¿Suceda lo que suceda?

—Siempre tuya.

Ya estaba servido el desayuno cuando bajó doña Juana. Abrazó primero a su hijo,

que era entonces un mozo de treinta años, grueso, moreno, simpático, tan nervioso que ni un segundo podía estarse quieto. Era de esos individuos que siempre andan escapados por la calle, aunque nada tengan que hacer, de los que destrozan los cigarrillos en su afán de liarlos a toda prisa y patean y juran ante el espejo cuando no aciertan a abrocharse el cuello de la camisa. Tenía los mismos ojos de su padre Forastero, muy negros y cariñosos, y un bigotito de adolescente cuyas puntas imperceptibles retorció a cada instante con furor.

Pepita, la nuera, era muy joven y muy mona y no tendría tacha si no fuera tan amiga de hablar. Era un vicio heredado, pues su padre, don Juan Manuel de la Sorna, era el primer *latista* del Archipiélago. Tanto en el padre como en la hija, sobrevenía el acceso por la mañana. Diríase que eran como los loros, a quienes desata la lengua la primera luz solar. Después, al mediodía, descansaban un poco; pero las tardes y las noches eran fatales.

Los tres chiquillos, dos varones y una hembra, eran muy guapos, pero testarudos y mal criados. Ellos eran causa de que los dos consortes estuviesen continuamente *de pleito*. Que la mamá le calentaba las nalgas a uno de los niños; pues el papá enseguida lo llamaba, besuqueaba y consolaba. Si el papá

daba pastillas al nene, la mamá se las quitaba, protestando que aquel tenía el *estómago sucio*. Un día despertaba Pepita atacada de furor didáctico y ordenaba a la criada que vistiese a toda prisa a los niños para llevarlos al Colegio. Inmediatamente la casa se llenaba de gemidos y protestas. Antonio, que oía el estrépito desde su despacho, subía de dos brincos la escalera. Seguía una discusión en que Pepita comparaba a sus dos niños con una pareja de burros, y Antonio abominaba de los colegios atlánticos, emporjo de la ignorancia y paraíso de los microbios.

Por eso, el día aquel, destinado al esparcimiento y a la efusión familiar, fué más de una vez turbado por ineptas peloterías.

—¡Pepita, ten cuidado con que los niños no coman fruta verde!

—Eso es. Tú pretendes que ande detrás de ellos todo el día.

—Pero mujer, ya sabes que Antoñito amaneció hoy con la lengua sucia.

—¡Jesús, qué consumición!

—¡Juanito Manuel, que te quites del sol!

—¡Hombre! ¿no ves a la Porrucia encaramada?

Al mediodía, después que los dos más chicos se durmieron, disfrutóse de un poquito de tranquilidad. El paseo vespertino pro-

longóse hasta la Cruz del Faicán, un morro de la cordillera, desde el cual se divisa casi toda la jurisdicción de Aregayeda y aún el caserío de Autindana, muy lejos, una mancha blanca en una montaña azul.

Era la tarde última de la temporada. Al día siguiente terminaba la licencia de Fermín. Dentro de poco, los bañistas se dispersarían. La fonda quedaría cerrada hasta el verano próximo. Aquel primer capítulo se estaba concluyendo. Aquellos días pasados era imposible *vivirlos* de nuevo.

---

## VI

A todo el que sepa cómo viven las mujeres en estas ciudades isleñas, no le será difícil entender la imposibilidad de que una señora tenga dentro de su casa intimidades con su amante.

Los de Forastero vivían juntos en la soberbia casa, con frontis a dos calles: la del 29 de Abril y la de Argote de Molina, adjudicada a Jeromito Piletas en pago de capital, intereses y costas, en cierta memorable ejecución contra los herederos del marqués de Santantejo.

Puesto que Fermín no podía llegar hasta la alcoba, había que pensar en verse *fuera* y pronto, porque las cosas no podían seguir de aquel modo. En efecto, el teniente no salía de la calle, y la paseaba día y noche, unas veces a pie, otras a caballo. Era un escándalo. ¿Cuánto no se hablaba ya en la población? Pero, a doña Juana le tenía eso sin cuidado. Lo que únicamente le importaba era el disgusto que había de tener Antonio

cuando lo supiese. Cada vez que su hijo volvía de la calle, le examinaba ansiosamente el rostro y sólo se tranquilizaba cuando le veía acercarse con el beso ya formado en los labios dispuestos en forma de embudo. Aún no lo sabía.

Desesperado Fermín, atrevióse a mandar a doña Juana una carta por el correo interior, lo que al siguiente día se corrió por toda la población, porque lo dijo en la botica un empleado, traicionando el secreto postal. Lo que el chico proponía en aquel papel era un hatajo de disparates: entrar en la casa, disfrazado de carretero o de *palanquín*, fingiendo que iba a recoger el estiércol o las cáscaras del cochino, y quedarse escondido hasta la noche en la carbonera; utilizar la habitación de un camarada que vivía en una casa aislada, en el *Camino nuevo*; esperarla con un landó en las afueras y llevársela de bureo, con las cortinas echadas, por esas carreteras de Dios.

De todas estas invenciones serió cuanto quiso doña Juana. Ya tenía ella dispuesto su plan, sencillo y sin romancescas complicaciones. Conocía ella, de años atrás, a una vieja equivocada, (había sido en sus verdes años moza galante) que se ganaba la vida vendiendo miel y rapaduras *por las puertas*. Esta mujer estaba muy agradecida a la señora de Forastero que la había socorrido

muchas veces con dinero y trajes usados. De la noche a la mañana, Aguedita fué elevada a la categoría de tercera o Celestina, quedando así la amorosa correspondencia sustraída a las indiscreciones y demoras del correo oficial.

Pero lo más delicioso fué la elección y arreglo del nido. Ama y criada recorrieron en tartana, con las cortinas cerradas, los barrios más excéntricos de la Ciudad. Al fin dieron con una perla, una casita terrera acabada de construir, en una callejuela extraviada del Puerto, casi en el fondo de la Isleta.

Una semana entera empleó doña Juana en el arreglo de la casita. ¡Qué *embullo*, qué entusiasmo juvenil! El carretero y un peón descargaban los muebles, los distribuían entre las habitaciones, cumpliendo las órdenes de doña Juana.

La sala quedó monísima. Un confidente y dos mecedoras de Viena, una mesa de centro con su tapete indio, panderetas y esterrillas japonesas en las paredes. ¡Pues y la alcoba! Un catre de hierro de dos cuerpos, con perillas doradas, sillones de mimbre, ropero de luna y una alfombra roja con un león amarillo. Doña Juana había tenido el antojo de dar al mueblaje y al decorado un tono de amable cursilería, de aproximarse al ideal de una costurera sensible, a quien su querido pone casa.

La primera tarde que pasaron juntos en el *Oratorio* (con este irreverente apodo bautizaron a la casita de la calle P. B. I) fué sin duda el mejor capítulo de su historia amorosa. Atrancadas las puertas y ventanas, encendido el velón de petróleo, tuvieron la completa ilusión de hallarse a mil leguas de Atlántica, en una ciudad desconocida. Fermin, loco de entusiasmo, recorría la casa, arrodillándose en todas las habitaciones, besando los muebles con gran alborozo de doña Juana, que se divertía como una chiquilla. Todo lo había previsto: el chico descubriría a cada instante cosas maravillosas: una bigotera en el cuarto de baño, cigarrillos en el cajón de la mesa de noche, y *la mar* de latas y de botellas en la despensa. ¡Eh, qué sueño, si los dos hubieran podido vivir juntos en aquel retiro, comer en la misma mesa, saborear el café junto a la ventana entornada, en la amorosa soledad de la desierta calleja por la que nadie jamás pasaba, revolcarse en la roja alfombra sin miedo a los fauces del león amarillo, acostarse juntos, dormir sobre la misma almohada, contarse, al despuntar el día, los sueños de la noche!

Al principio, los viajes al Puerto eran semanales y el pretexto una visita a la pobre Agueda, postrada en cama con una fiebre gástrica. Doña Juana tomaba el tranvía

de las cuatro en la esquina de Cotardo y diez minutos después, Fermín salía escapado en una tartana. El motivo de emplear estos diversos sistemas de locomoción era despistar la curiosidad del público, trabajo perdido, pues todo el mundo conocía el secreto del *Oratorio*. Después las expediciones fueron bisemanales, luego un día sí y otro no, y por fin diarias, con tendencia a dos ediciones: la de la mañana y la de la tarde.

Todo el mundo afirmaba que doña Juana estaba loca y aunque muchos y sobre todo sus compañeras de sexo aparentaban juzgarla con severidad despreciativa, no le faltaban partidarios, admiradores de aquella pasión magnífica, imponente y respetable como una fuerza del Universo. Cuando un sentimiento se afirma y entabla con vigor extraordinario, el dinamismo que encierra se impone al vulgo y ahoga las protestas.

---

## VII

Si a don Severino F. del Basto, ministro de la Gobernación en aquella época lejana, le hubieran dicho que una señora guapa le odiaría de muerte y le colmaría de maldiciones a todas horas, hubieranle dado un disgusto y no flojo, porque el del Basto era uno de los más verdes entre los innumerables carcamales que en todo tiempo han obstruido la vida pública española.

¿Por qué ponía doña Juana *como a un zapato* al consejero de la Corona? Pues porque tuvo la infeliz ocurrencia de hacer un viaje al remoto Archipiélago, *movido* (según él decía en su risible jerga) *del deseo de estudiar de cerca el problema atlántico*.

Durante la semana que precedió a la llegada del personaje, no pudieron los amantes *verse* ni una sola vez.

En efecto, doña Juana, emparentada con el jefe de uno de los partidos locales, no tuvo más remedio que figurar en la comisión de señoras, encargada del decorado de la ca-

sa en que había de residir la pareja ministerial (porque el del Basto viajaba con su señora, la Quimeta, una catalana algo bruta, maciza y guapetona).

¡Delicadísima tarea la de aquellas beneméritas señoras! Si se hubiera solamente tratado de meter y colocar muebles, la comisión hubiera despachado en un par de días; pero, desde los primeros momentos, su patriótica labor fué interrumpida y contrariada por incidentes desagradables.

Como no era posible que el ministro y su señora usaran a la vez todos los objetos que ofrecían las distinguidas familias de la localidad, era indispensable una selección. Y de aquí los conflictos.

Porque sus cucharillas de plata fueron postergadas a las de doña Concepción Fardique, retiróse de la comisión doña Pino, mujer de un comerciante que había sido tartero. También dimisionó la de Chanito Moretón, porque le pusieron sus *portières* en el pasillo que conducía al retrete y hubo que sortear dos pianos de cola que sus dueños habían metido en la sala y se negaban a sacar.

Aún no había largado el ancla el octogenario crucero "Indíbil y Mandonio" en el que don Severino y la Quimeta viajaban, cuando don Juan Manuel de la Sorna y el gobernador don Julián de la Roncha, ambos

latistas de lo más formidable, hicieron presa en el infeliz consejero de la Corona. Contaba éste después que, durante su permanencia en Atlántica, ni un solo momento se vió libre de aquellos torcionarios y que uno u otro le acompañaba siempre, hasta en los instantes de expansión más íntima, en el misterio de privadas estancias.

De la Roncha creía cumplir con ello un deber, mostrar su adhesión al gran partido que le había redimido de la servidumbre del hambre y sobre todo al jefe máximo, don Celedonio Isaura, de quien era más que secuaz, humildísimo criado. Pegado como una lapa a aquel *waliato* lejano, le amargaba la vida el temor de una crisis total, que arramblara por su querido don Celedonio y le dejara en la calle a él, antiguo repórter sin ortografía, varón absolutamente inútil para todo trabajo que no fuera firmar por el día y jugar al tresillo por las noches.

Afortunadamente, Isaura era insustituible. Antes, la dinastía contaba con dos *cancilleres*, La Plasta y Rávenas del Pasillo que se divertían jugando al columpio, subiendo el uno cuando el otro bajaba y al revés. Aquel desabrido *sport*, suerte de duo zarzuelero cantado por la reacción y la libertad, producía desde lejos cierta ilusión. Ahora, ni eso. Ni la engañifa del turno pacífico, ni el espejismo del Parlamento. Un so-

lo hombre y una sola estaca. De la Roncha se frotaba las manos, viendo ante sí una larga serie de tranquilos piensos.

Si en la nación no había entonces más que un partido dinástico fuertemente organizado, en cambio en Atlántica había dos, el sornista y el cuadrilátero, ambos dependientes del gran cacique que residía en Madrid, separados no por divergencias de ideales, sino por algo más grave y más profundo, por incompatibilidades de pesebre. Cuando un bando comía, el otro ayunaba. Ahora, durante la visita de don Severino *el del problema*, como dieron en llamarle los muchachos, les tocaba a los de don Juan Manuel el usufructo de las dos tetas, el Puerto Franco y los Consumos. El egoista bebé chupaba de una y de otra, apartando con el pie a su impaciente camarada.

Y naturalmente, el bando que estaba en el poder ganaba siempre las elecciones, manejaba a su guisa a los Ayuntamientos, desnivelaba toda clase de balanzas, y, en suma, distribuía conforme a los merecimientos el pan y el palo.

---

## VIII

El "Indíbil y Mandonio", crucero octogenario y reumático, daba, visto desde lejos, un chasco al más experto. Repantigado en el fondeadero más abrigado y cómodo del Puerto, con su casco recién pintado de gris y sus dos feroces chimeneas, representaba a maravilla su papel de máquina de guerra, terror de los mares. Producía la misma ilusión que los viejos teñidos y encorsetados, ilusión de virilidad y lozanía que se disipa viendo de cerca la pata de gallo, los labios marchitos, los flácidos pellejos de la cara.

Pues allí estaba el buen "Indíbil", emperejilado como un viejo verde, dispuesto a recibir la visita de la buena sociedad atlántica en aquel mediodía de Diciembre, cálido y amoroso. El viento dormía, y mar y cielo tenían una blancura extraña, una suerte de inmovilidad espectante.

El espacio era como un templo enorme, revestido de inmensas colgaduras blan-

cas, alumbrado por el discreto fulgor de lámparas lejanas.

Las falúas iban y venían del muelle a la escala y de la escala al muelle, con su cargamento de señoras compuestas como altares y de caballeros de levitón, con sombreros de copa de diversos períodos históricos.

En lo alto de la escala, el ministro y el Comandante del buque, don Cristino Portezuela, ambos de uniforme, recibían a los invitados. Cuando alguna de las hembras tenía el privilegio de gustarles, cambiaban guiños y chasquidos de lengua. A veces el político murmuraba en el oído del marino:

—¿Qué tal, camará?

Y éste replicaba:

—Que me la sirvan con arrósssss.

La cubierta, convertida en salón de baile, impresionaba con su fresca penumbra a los que venían de afuera. Enormes piezas de lienzo rojo coronaban el espacio, ocultaban el cielo y el mar.

Desde los primeros momentos, fué indudable el éxito del *festival*. El público afluía, llenaba poco a poco todos los departamentos del buque y en todas partes sonaban las mismas exclamaciones:

—¡Qué bonito, qué fantástico, qué pintoresco!

Los hombres, que venían de visitar la

batería, entraban en el salón con gesto marcial. Los guardiasmarinas se centuplicaban, queriendo estar al mismo tiempo en todas partes, y coleaban entre la muchedumbre, como pececillos azules en un estanque.

Música, música... Un piano, reforzado por violines y clarinetes, preludía el rigodón de honor. El público se agolpa, formando respetuoso círculo en torno de los personajes. El ministro baila con la alcaldesa y frente a ellos, la Quimeta y el alcalde, (una magnífica nulidad con calva y lentes) oscilan con lentitud hierática, teatral. La señora de la Sorna empareja con el gobernador y doña Juana Forastero con el comandante del buque.

Don Cristino, con su infalible instinto de viejo mujeriego, le había echado el bote desde que la vió entrar. Aquella era la mejor hembra de la tarde. Y le apretaba suavemente el brazo, mientras, de soslayo, sus ojos reventones la desnudaban con fruición.

—Debe tener esto así y esto asado,— pensaba el viejo con la boca llena de saliva. Portezuela tenía cerca de sesenta años, era pequeño de cuerpo y cetrino de piel, con orejas y labios cárdenos como la cáscara de una breva madura.

No tardó en llamar su atención un oficialito de caballería que le echaba desde lejos unas miradas como puñales. ¿Quién será

ese punto? se decía, lleno de curiosidad.

El punto aquél, apenas terminado el rigodón de honor, y ocupado el comandante en presentaciones y saludos, apoderóse del brazo de doña Juana.

—Ya sabes que desde ahora no te suelto, así lo ordenen el ministro, el gobernador y toda esa pandilla de fantasmones.

—Fermin, no seas loco.

—No vuelvas a bailar con nadie, ¿sabes?

—Quita, hombre. ¡Pues no faltaba más! ¡Lúcete, lúcete!

—Si me desobedeces, armo el gran tiberio: Quiero que todo el mundo sepa que eres mía, que estamos casados, que tenemos nuestro domicilio en la calle P. B. I., número tantos.

—¡Qué gracioso!

Ella le miraba extática. Estaba guapísimo, con su uniforme de color de cielo, sus cabellos de oro rizados, su faz enérgica, con aquellos sus ojos azules tan extraños que parecían dos piedras luminosas. Y él también la contemplaba orgulloso, pensando en que aquella mujer, que incendiaba como ninguna el alma y los sentidos de los hombres, era suya, la había poseído mil veces, en la intimidad profunda y animal de la carne. Vestida de negro, derecha, elegante y sonriente, era la real encarnación de la sobera-

nia misteriosa de la hembra. Su ascendiente sobre el otro sexo era tal, que desde que llegaba a un sitio donde hubiese hombres, iglesia, paseo o teatro, todas las miradas masculinas eran para ella.

...Había terminado el vals y se paseaban lentamente, tropezando con el gentío, que aumentaba sin cesar. Los oficiales del buque perdían la cabeza. Contábanse cosas estupendas de la voracidad del monstruo en el ambigú. Miles de emparedados habían desaparecido con rapidez eléctrica. La negra legión de las botellas vacías hacía creer en la existencia de un inmenso sumidero.

De pronto, Fermín alcanzó a ver en el hueco de una puerta a un oficialito de Caballería, un tal Pepito Cancela, que le llamaba desde allí, con expresiva mímica.

Dejó sentada a doña Juana y se acercó al compañero, que le dijo con mucho énfasis:

—Chico, creo de mi deber participarte que ahí fuera está un tipo, un bigardón a quien no conozco, insultándoos a vosotros.

—¿A nosotros? \*

—A doña Juana y a tí. Te lo digo para que hagas lo que estimes más procedente.

Un minuto permaneció quieto Fermín, con los ojos puestos en el amigo, que le miraba también, cejijunto. Fué un instante de horrible malestar. ¡El, que estaba tan tran-

quilo. ¿Por qué le venía aquel tonto con el cuento? Como si de todo el mundo no se murmurara... Y una sensación desconocida, atrozmente desagradable, oprimía sus entrañas, arrugaba sus órganos, nublaba su vista... Tenía miedo... ¡Vamos, señor! Una oleada de sangre hinchó las venas de su cuello y tomando del brazo a Cancelita, dijo con serenidad:

—Vamos a ver qué es eso.

En la toldilla, a la derecha, había un grupo gesticulante y vocinglero. Componiase de *cuadriláteros*, así llamados de su jefe don Ramón Cuadril, entonces decaído del poder. Aquellos individuos, entre los cuales había gente de educación y de carrera, le reían las gracias a un tipo ordinario, gordo y moreno, con mucha papada, vestido con un inmenso chaquet. Era el mayor de varios hermanos, conocidos por los *Magados*, notorios por su fuerza física, su arrojo y poca vergüenza. Los partidos políticos se los disputaban. En aquel país de linfáticos y de corderos un hombre de puños, que sabe *fajarse a la piña* cuando se ofrece, es una adquisición inestimable, que se paga con las prebendas más substanciosas.

Con las piernas algo vacilantes, Fermín se acercó al grupo.

—¿Me dice este amigo que usted se estaba ocupando de mí?

Establecióse en el grupo un silencio absoluto. Todos se pusieron pálidos. Dos o tres señoritos se escabulleron. El del chaquet, algo desconcertado, dijo:

— Yo hago lo que me da la gana... ¿oh?

Su faz carnosa resonó como un címbalo al choque de la bofetada y seguidamente los dos hombres se *agarraron*. Magado era más robusto y Fermín más ágil. De un tirón había arrancado la corbata del *cuadrilátero* y con la mano izquierda le apretaba ferozmente la garganta, mientras el otro le aporreaba el cráneo con el puño cerrado.

Como desde el fondo de una pesadilla, llegaban a los combatientes las voces de los espectadores:

— ¡Señores, por Dios! ¿qué es esto?

— ¡Vamos, ya se acabó! Ayuden, jinojo, a *desapartar*.

— ¿Pero dónde está el comandante?

Los contendientes recibían a patadas a los que se aproximaban con intentos conciliadores. Habían llegado al paroxismo de la rabia. Extenuados por los primeros esfuerzos, apenas se hacían daño y giraban, asidos el uno del otro, respirando anhelosamente, con estertor de fragua. Era notorio que el triunfo sería del más resistente. Todos veían ya en tierra a Fermín, cuando el médico Díaz Ceruso, íntimo de doña Juana, travieso como él solo, bajándose con rapidez

felina, agarró por un tobillo al Magado. Desplomóse éste como una torre, llevando sobre las costillas a Fermin, quien, antes que dos robustos marineros le levantasen, tuvo tiempo de hincharle un ojo y de romperle un labio a su enemigo.

Fué un escándalo tremendo, inolvidable. Magado, con el chaquet hecho trizas y el bigote lleno de sangre, fué expulsado del crucero. El Jefe del Escuadrón le echó los tiempos a Fermin....

---

## IX

Don Juan Manuel de la Sorna era auténtico retoño de un conquistador, de un pobre diablo galaico o astur que llegó a la Isla acosado por los acreedores, ladrando de hambre. Tocáronle en el repartimiento algunas tierras y aguas en el distrito del Norte, que sus descendientes dilapidaron hasta la última gota y el último terrón.

Los Sornas desarrollaron una vida penosa y oscura durante los siglos XVII, XVIII y gran parte del XIX. Desprovistos de riqueza territorial, vejetaban a la sombra de míseros empleos, en los Reales Ejércitos o en la Administración; pero como en aquellos tiempos se vivía con *dos reales de plata* diarios, pudieron conservar su barniz de hijosdalgo y el tratamiento de *su merced* que los pobres diablos les daban.

A mediados del siglo, la familia vivía casi en la miseria, comiendo sus individuos en las casas de los deudos y parientes, todos los días de la semana. Suerte que eran pocos, la mamá viuda y tres hijos.

Doña Buensuceso, la respetable señora viuda de la Sorna, creía en la misión familiar de Juanito Manuel con fe inquebrantable. La penuria en que vivía hacía considerarle el dinero como el sumobien y al imaginar el porvenir de su hijo, no le veía asombrando a la muchedumbre con su saber o su virtud, por ejemplo subido a un púlpito o vistiendo toga de doctor, sino instalado en cómodo sitio, firmando nutritivas nóminas y guardando en gavetas innumerables títulos de la Deuda y escrituras hipotecarias.

Para él eran todos los mimos y todas las atenciones. Para que en el desayuno tuviese huevo fresco, acechaba doña Suceso largas horas a la única gallina, practicando en ella inspecciones propias de un profesor de Obstetricia. Nunca le faltaba al primogénito la camisita planchada y las botas refulgentes. En cambio, el segundón, Estebita, oprobio de la familia por su desgraciado tipo y sus aficiones alcohólicas, andaba por esas calles hecho un Adán. Más adelante, cuando el primogénito fué rico y poderoso, solía el jorobado apostarse en las esquinas y pronunciar contra su hermano sermones, que siempre acababan con el célebre epifonema:

—“Y a mí, como no tengo dinero, me sirve el c... de candelero.”

Indudablemente, Juan Manuel se pro-

puso desde un principio abrirse paso entre la multitud famélica y ganar un puesto en la gran merienda social. La suerte le ayudó. Siendo estudiante de Derecho en la Universidad Central, con veinte duros de pensión al mes que le pagaba su padrino el canónigo Marzal, intimó con su paisano Félix Grantorre, que empezaba entonces la misma carrera.

¿Fué casualidad o intuición milagrosa? El hecho es que la Sorna se pegó como una lapa a su condiscípulo y toda su vida fué suizo, satélite y familiar de aquél, su amigo de confianza, su *incondicional*. Simultáneamente subieron, Félix como un astro, Juanito como un modesto aerostato. Llegó aquel a la altura máxima, a la vertiginosa cúspide de una Dirección general; detúvose el otro en una alcaldía mayor en el archipiélago magallánico, del cual regresó radicalmente curado de la anemia económica que por tantos años afligiera a su estirpe.

Difícilmente se hubiera encontrado un tipo más español que don Juan Manuel de la Sorna. Juzgándole sólo por su estampa de viejo cetrino, por el signo de la cruz que dibujaban bigote y perilla en la faz ascética, por los ojos sombríos y crueles bajo la ceja peluda, un gacetillero francés le hubiera presentado como auténtico ejemplar del español de otros tiempos, familiar de la Inqui-

sición o compañero de Pizarro. Y nada, no había nada de ello. Don Juan Manuel, como casi todos los españoles de su época, no tenía ni un adarme de fanático, de idealista, ni de don Quijote.

Era un *cuco*, maravillosamente listo, componedor y adaptativo, capaz de transigir con todos los sistemas políticos o religiosos, con tal que le respetaran la sagrada peseta.

En cambio, era implacable con las inmoralidades que nada le producían. Había que oírle entonces invocar los sagrados principios, las máximas eternas de la religión de nuestros mayores. De las aventuras de doña Juana a él se le hubiera importado un pito, a no ser porque los *cuadriláteros* habían convertido *el caso de la viuda* en arma política. Así, como suena. Lo cual era posible únicamente en aquel país que en otros tiempos saboreaba con recocijo la maliciosa *ensaladilla* y acogía ahora con fruición los periódicos fundados expresamente para *de-cir desvergüenzas*.

Tal era en efecto la única misión de los dos infectos semanarios que sostenían y pagaban los dos partidos locales. Llamábase el de los cuadriláteros el *Tín Marín* y el de los sornistas el *Dos pingüé* y ambas rivalizaban en la amena labor de dispararse apuestos excrementos.

La campaña actual del *Tín Marín* era

en opinión del público sensato una cosa abominable. No había número en que no saliera a relucir el oratorio y la calle P. B. I. Replicaba el *Dos pingüé* sacando a la colada cestones de ropa sucia de la familia cuadrilátera. Llegóse hasta imprimir nombres propios y palabras de esas que, con ser las más usadas del léxico vulgar, no admite el Diccionario en sus páginas pudibundas. Para colmo del escándalo, el tenor cómico de una compañía de zarzuela, conocido en Atlántica por *Gasaspar*, cantó en un entreacto unos *couplets* titulados *el caso de la viuda*. Aquella noche, casi hubo una colisión en el teatro entre sornistas y cuadriláteros. Pedían éstos la repetición de los indecentes *couplets*; oponíanse aquéllos con patadas y graznidos; algunas señoras se desmayaron. Al fin, el Delegado, Pepito de la Zarpa, mandó suspender el espectáculo, fundado, no en consideraciones políticas, sino de moralidad: los *couplets* eran *eminente mente sicalípticos*.

Como el siguiente día ha habido pocos en la vida monótona y soporífera del país atlántico. Fermín Uriarte fué el héroe de la jornada. Empezó por darle una tremenda *calda* de bastonazos al actor *Gasaspar*, en la misma puerta de la Fonda del Majorero, en que aquél se hospedaba. Más tarde le pegó unas cuantas cachetadas en ple-

no Casino al periodista *Juan de la Lija*, procesado varias veces por estafa y autor de la letra de los *couplets*. Como se dijera que el teniente se proponía dar unos pescozones al propio don Ramón Cuadril, éste, lleno de miedo, mandó a buscar un coche cerrado y no paró hasta su finca "Hoya del Mendrugó", al pie de la Cumbre.

Aquella misma tarde, Pepita, de acuerdo con doña Juana y don Juan Manuel, *se lo dijo todo* a su marido.

La escena fué terrible. Tuvo Antonio un verdadero ataque de locura, durante el cual intentó romperse la cabeza contra la pared. Era curioso lo que a Antoñito le pasaba. Educado en el medio pestilente de la política española, respirando a pulmón lleno desde la adolescencia el vaho de la ciénaga, le había perdido el respeto a todas las cosas divinas y humanas, admitía y toleraba toda clase de torpezas y de infamias, el egoísmo de unos, la venalidad de otros, el pasivismo femenino de los ricos y de los intelectuales, todo menos el deshonor y la ignominia de su mujer o de su madre.

Toda la noche la pasó delirando. tirándose de la cama, contenido a duras penas por las dos mujeres que le asistían, aterrorizadas y llorosas.

A la mañana siguiente, mandó a buscar a don Juan Manuel y encerrado con él,

le comunicó su idea de batirse con Uriarte.

Al pobre viejo que, no obstante su facha pizarresca, era tímido como un faldero, le costó Dios y ayuda quitarle esa idea de la cabeza. Tuvo que acudir al superior consejo de los dos famosos expertos en materia de honor de la sociedad atlántica: el *battallador periodista* Castrito, más viejo que el pendón de la Conquista, y el capitán de milicias retirado don José María Torondón. Ambos fueron de dictamen de que el duelo *no procedía*. No se trataba de un adulterio. Lo que sí procedía era cortar el escándalo, pero *tranquilamente, hábilmente, radicalmente*, para lo cual era indispensable la intervención del clero. Después de larga discusión, optóse por el regular y especialmente por la orden de los Bartolitas, recién instalada en la Isla. Unos proponían al Padre Pernaes, popularísimo en los Riscos, apóstol con alma de sargento, atrevido y fresco como él solo; pero como más idóneo para aquel caso delicado, fué elegido el Padre Ladoncette, un francés muy arrebolado y peripuesto, con escarpines de charol y espejuelos de oro.

---

## X

Aquella vez, como otras muchas en la vida, prevaleció una *solución intermedia*. Ni la ruptura, ni el matrimonio. Acerca de esta última solución, única posible dentro de la moral, razonaba doña Juana con mucha lógica. Si se casaba con Uriarte, a los dos o tres años él sería siempre un chiquillo y ella una vieja irredimible. Y entonces, una de dos, o la dejaría por otra, o seguiría, por lástima, representando la comedia del amor.

Como lo más urgente era *cortar el escándalo*, resolvió doña Juana confinarse por una larga temporada fuera de la población en un lugar solitario.

No había que pensar en el Duende, cortijo de la familia muy lejano, situado en la jurisdicción de Mogán, ni menos en un pueblo de la isla de Fuerteventura, que propuso don Juan Manuel. Doña Juana quería estar a buena distancia de su amante. Al cabo fué aceptada por el Consejo de familia una casa que el viejo Piletas se había adju-

dicado en pago de una deuda, situada en la calle del Agua, de la vieja, callada y soñalienta ciudad de Andux.

¡Oh, qué meses aquellos de Octubre a Enero! ¡Qué tregua de Dios tan regalada y deliciosa!

En toda la calle no había más casa de alto y bajo que la de doña Juana; las demás eran *terrerías*, viejas y pobres. El pavimento era de *callados* y yerba, sin aceras. Por el centro corría la acequia que daba el nombre a la calle.

Por ésta no pasaba casi nadie. Muy de mañana, alguna vieja rezadora, atraída por la insistente llamada de la campana parroquial; después, caballerías de lento paso, arreadas por el perezoso y gutural "¡Parta, mula!"; más tarde, carreras de chiquillos persigieudo cigarrones; luego el silencio campesino que duraba hasta el alba, apenas turbado por el martilleo lejano de una herrería, por el ronco diálogo de los perros, por las ráfagas de brisa que golpeaban impacientes las puertas y ventanas.

Casi todas las casas estaban desocupadas y eso que las más caras valían en el alquiler dos pesos mensuales. En la esquina, un tablón llevaba este rótulo "Barbería" en letras negras, semi-despintadas por la lluvia. El mobiliario y los enseres juntos no valían veinte pesos: un sillón lleno de arancio, un

espejo varioloso, dos cromos de odaliscas algo ligeras de ropa, una tableta con un jaboncillo y un frasco de *agua de olor*. Nadie entraba allí durante la semana. El barbero, un pobre tísico, la pasaba tocando la guitarra o leyendo un sudado novelón. Los sábados por la tarde eran allí rapados y afeitados, a razón de tres perras cada uno, unos cuantos jornaleros. A doña Juana le infundían tanta lástima barbero y barbería, que hubiese dado algo por ser hombre, pero un hombre muy peludo y muy barbudo, para pelarse y afeitarse diariamente en el *establecimiento* de la calle del Agua.

Junto a la casa de doña Juana, que era grande y de dos pisos, con una hermosa huerta de plataneras y naranjos a la espalda, había una pequeñísima casa terrera, tan vieja que casi se estaba viniendo al suelo. En ella vivía Luisita, una vieja de noventa años, que nunca salía a la calle. En casa de la vecina pasaba doña Juana gran parte del día.

La *viejita*, con su moño de lino, sus espejuelos de acero, su pañuelo a rayas canelas cruzado sobre el pecho y sus zapatos de paño, zurría unas medias blancas junto a la ventana. ¡Qué silencio, qué tranquilidad! ¡A doña Juana le parecía estar a mil leguas de la vida contemporánea; se olvidaba de las gentes de su época para interesarse por los

difuntos que la vieja evocaba, personas que vivían en el solitario poblachón cuarenta o cincuenta años atrás.

Afuera, la mañana avanzaba, el sol acariciaba los muros, descendía poco a poco hasta el centro de la calle. Se oía solamente el trino de un *capirote* y el martilleo de una herrería lejana. A las doce, una ráfaga de brisa metía por la ventana las notas temblorosas del *angelus*. La vieja dejaba la costura para rezar y en aquel punto cantaba siempre un gallo, en el corral de una casa próxima. Su alarido prolongado parecía la voz triunfal del mediodía, vencedor de la sombra, dueño y señor del campo y de la montaña.

¡Qué vida tan deliciosa y regalada! Levantarse con el alba, almorzar zopas de leche, cenar migas, rezar, zurcir medias, leer el Semanario pintoresco de 1.830, acostarse al toque de oraciones: ¿Y el presupuesto? Los réditos de unos censos y la venta a las chiquillas de la escuela de madejas de estambre y ovillos de seda y de algodón.

Fermin visitaba a la viuda cada tercer noche. Dejaba el caballo en el cuartel de Infantería y cruzando cercados y callejas desiertas, llegaba a la puerta trasera de la casa. Por allí entraba y por allí salía, poco antes de amanecer.

Pasaron días, muchos días, serenos, son-

---

rientes, sin pena ni dolor. Nadie como Doña Juana puede jactarse de haber conocido la felicidad. Su *yo* se dilataba y refulgía en el seno de la pasión. Acordábase alguna vez de las máximas de Díaz Caruso: trabajar por la dicha ajena, vivir para la especie. No, ella no podía. Había nacido para dama joven, para protagonista de la deliciosa comedia del amor. Antes morir que figurar en el coro. Sentía dentro de sí un *yo* robusto, exigente y dominador.

---

## XI

A fines de Diciembre, después de Nochebuena, el tiempo cambió y a los días luminosos de cielo immaculado, sucedieron otros grises, tristonos y lluviosos.

La brisa del Norte empujaba brutalmente los nubarrones, el chubasco azotaba oblicuamente la tierra, corrían los caños, se desbordaban las acequias, las viejas desde el umbral de sus casas gritaban ¡Agua!.. El temporal apenas duraba un cuarto de hora. El viento se lo llevaba, corriendo locamente hacia el sur. Sonreía nuevamente el cielo, los charcos brillaban, la luz destacaba los objetos con relieve extraordinario.

Al amanecer del día 29, cuando doña Juana, según su costumbre, despedía a Fermín en el portón trasero de la puerta, estalló un chaparón tremendo. El galán corrió, riendo, dando saltos como un chiquillo en la obscuridad de la calleja. Doña Juana per-

maneció en el umbral hasta perderle de vista. sin ocuparse de la lluvia, que caía con la violencia de una ducha. Cuando volvió a su alcoba y se quitó la ligera bata, notó que el agua le había llegado hasta la camisa. Metióse en la cama, que aún conservaba el perfume y la tibieza de la noche de amor, pero no pudo dormir. Una excitación singular la mantuvo despierta. No pudo calentar los pies y de cuando en cuando le recorrían el espinazo ligeros escalofríos. Era indudable que había cogido un enfriamiento.

Ya levantada y andando por la casa, sentía una inquietud singular, una suerte de ansiedad que le oprimía las entrañas, como un oscuro aviso de la naturaleza en peligro. Preocupóle la falta de apetito y un molesto dolor de garganta.

Aquella amenaza de un agente exterior indeterminado y misterioso, le irritaba como la revelación de una humillante servidumbre. Su imaginación le anticipaba la odiosa *grippe*, las noches sin sueño, las sábanas mojadas de sudor, la privación del baño y de la *toilette*, la lengua sucia, la boca mal oliente.

Acostóse a las ocho y tomó un sudor. Tampoco pudo dormir. Reaparecieron los escalofríos, más violentos que la noche anterior, seguidos de un calor intenso que le abrasaba las palmas de las manos. Pero al

almanecer se sintió mejor, sus miembros se habían refrescado, la ansiedad había desaparecido. Tan solo le preocupaba el cansancio, una laxitud extremada de todo su ser, como la que se siente al regreso de una larga caminata.

Esto no es nada, pensó. Es preciso reaccionar, no dejarse abatir.

Vivió aquel día como los demás, se bañó, se peinó, se puso el corsé desde las doce. Su fiera voluntad le mantenía en pie, la condujo hasta la huerta, a esperar la llegada de Fermín.

En los primeros momentos, el chico, cegado por el deseo, no observó en ella nada de anormal. Pero cuando Juanita empezó a temblar violentamente entre sus brazos, se incorporó sobresaltado. ¡Santo Dios, si tenía los pies tan fríos como si acabara de sacarlos de un baño de agua helada! Encendió la luz y la vió con los ojos cerrados, el ceño fuertemente fruncido, la paz crispada.

—Apaga, apaga, le dijo con voz sibilante, entrecortada por el choque de los dientes.

—Pero, ¿qué tienes, mi vida, qué te pasa?

—Nada, no es nada. No te asustes. Apaga y acuéstate.

Pero él se levantó y pasó toda la noche a la cabecera de la cama. El escalofrío cesó, reemplazándole la fiebre que Fermín, alarmadísimo, sentía latir en el pulso y en las

siençs, hervir bajo la piel satinada del pecho.

Como por la mañana los síntomas remitieran, el chico se dispuso a marchar más tranquilo. Hubo de incomodarse y de soltarle un par de gritos a Juanita, porque ésta pretendía levantarse para acompañarle hasta la huerta como de costumbre. Salió, anunciando la visita de uno de los médicos de Andux, que era su amigo.

Aún tuvo doña Juana fuerzas para levantarse y recibir sentada en un sillón al facultativo.

Era éste un jovencito recién salido de la Universidad. Conocedor como todo el mundo de la situación, dedicóse a observar en doña Juana más a la mujer que a la enferma. Sus ojos atisbaban con avidez las estrechas y elegantes botinas que la falda alternativamente mostraba y encubría, acariciaban la curva tentadora de los muslos y la redondez deliciosa del seno. ¿Quién sabe? ¡Las mujeres a esa edad son tan caprichosas!

A doña Juana le cargó excesivamente el mediquilla. Este formuló un vago diagnóstico, una angina catarral, quizás una ligera fiebre gástrica. Recetó un asqueroso purgante de sal de higuera.

—No he de tomarlo, caramba, decía después doña Juana a Luisita y a la criada Teodora. Esto no es nada. Sobre todo, no me vuelvan a traer a ese *monifato*.

Pero a la tarde, la terrible enfermedad se instaló definitivamente, tomando posesión de los órganos. Al ver a su señora tan *aturdida*. Teodora, alarmadísima, le mandó un propio a Díaz Caruso.

---

## XII

Llegó Díaz Caruso por la tarde y encontró a doña Juana tendida en un sofá, envuelta en una manta de viaje, con un pañuelo fuertemente amarrado a la cabeza. Como apenas abría los ojos, toda la expresión del rostro lívido se había concentrado en la boca muda y grave, contraída a intervalos por el dolor.

Cuando el viejo médico y amigo le tomó la mano fría y pálida, ella hizo un esfuerzo para sonreír; ¡le dolía tanto la cabeza! El doctor empezó por incomodarse, por llamarla loquinaria y *desconchavada*. ¿Qué se había figurado, que la vida es cosa de juego? Supuesto que ella se revelaba menor de edad, él asumía la tutela. Su primer acto de gobierno fué telegrafiar a la ciudad pidiendo un landó.

El coche llegó a las cuatro, y en él Pepita y los niños (nunca viajaba sin ellos), quienes en un momento revolvieron la casa de arriba abajo, armando un estrépito infernal.

La enferma, envuelta en sobretodos y chales bajó por su pié la escalera. En el patio abrazó a Luisita.

—La quiero como si fuera algo mio, decía lo vieja. Dios me la bendiga, Dios me la salve prontito.

—¡Qué viaje! La carretera parecía estirarse indefinidamente, y los sitios por donde el coche pasaba, nombrados en voz alta por Pepita o Teodora, revelando la lejanía de la ciudad, desesperaban a doña Juana. Deseaba ardientemente la cama blanca y fresca, le molestaban las botas, el ligero roce de los vestidos en la carne era un martirio insoportable, y sobre todo, le dolía horriblemente la cabeza. La imagen delirante que tanto había de atormentarla en los días sucesivos, nació en aquellos momentos, como engendrada por el tormento y la fatiga del viaje interminable.

...Su cerebro se convertía en una mina de carbón, cruzada por infinita red de galerías, que se bifurcaban, se multiplicaban, cortándose las unas a las otras, confundiéndose, enredándose en una madeja sin fin. Un enjambre de de mineros se agitaba allí dentro, trabajando con furia, clavando sin descanso la piqueta en el duro mineral. Había pausas, intervalos de silencio pavoroso y expectante, y luego la faena continuaba, las piquetas hendían, descuajaban, abatían la negra ma-

sa, acompañadas de un estrépito inmenso, formado por lamentos, blasfemias, silbidos y carcajadas.

El coche llegó a la calle del 29 de Abril, a las ocho de la noche. La señora fué conducida en un sillón hasta la alcoba.

Las manos ágiles de las mujeres la desnudaron en dos minutos. Entró al fin en la cama, blanca y limpia, suavemente calentada por las garrafas.

Los primeros instantes fueron de bienestar inmenso, los miembros reposaban deliciosamente, los golpes de la cefalalgia se atenuaban, el duro galope del corazón disminuía.

La enferma, tendida de espaldas, hablaba con singular despejo, con los ojos muy abiertos

No quiso que los nietos se acercasen a la cama.

—Ceruso, mande Vd. que se los lleven.

Aquella noche velaba Teodora. Pasóla sentada en un sillón, atenta al caldo y a unos antipáticos sellos que D. José había prescrito. La enferma no durmió ni un segundo. La cefalalgia la torturaba de nuevo, acompañada de intenso dolor en la nuca.

La luz del siguiente día, penetrando por los balcones entornados, parecióle a doña Juana de un odioso color de bilis. Aquella sensación intolerable la acompañó du-

rante toda la enfermedad y apenas para huir de ella cerraba los ojos, la pavorosa mina de carbón reaparecía, con su ejército de tiznados famélicos, su ahullido de horror y desesperanza.

Durante los cinco primeros días Ceruso, entraba y salía con cara sonriente. Según él, la enfermedad seguía una marcha normal, *clásica por así decirlo*. Permitía a la enferma leer la carta diaria de Fermín, una barbaridad de pliegos, en que no había ni una frase que fuese nueva. Todas habían servido muchos años en la milicia epistolar. (En amor como en política, los hombres de acción no suelen tener literatura). Al principio y al fin de cada página, había unos grandes redondeles hechos con lápiz rojo; que eran, según el chico, *gráficos de besos*.

A la primera carta, quiso ella contestar, pero apenas trató de incorporarse, el vértigo la tumbó de espaldas. Pepita, a escondidas de su marido, se prestó a desempeñar las delicadas funciones de secretaria.

Al sexto día, la terrible enfermedad se presentó sin máscara, aterrorizando a la familia. Circuló por toda la ciudad el rumor de que D.<sup>a</sup> Juana estaba *fatal* y la casa se llenó de amigos. Habo que organizar turno para las velas, porque todos querían quedarse. En el primer septenario alternaban las señoras y las criadas, permaneciendo to-

da la noche en el gabinete un individuo del sexo fuerte, por lo que pudiera pasar; pero al cabo, la continuidad del sacrificio trajo consigo el cansancio y entonces el P. Ladovcette introdujo en la casa a las diligentísimas Servidoras del Santo Pesebre, que asistían a la enferma por las noches.

Doña Juana se pasaba los días tendida de espaldas, los ojos fuertemente cerrados, la boca entreabierta; la nariz y los labios vibrantes con ligero temblor. Su único deseo era que no la molestasen, que la dejaran en aquel estado de indiferencia, de abatimiento, de manso delirio. Cuando la llamaban para tomar el alimento o las medicinas, contestaba con un gemido o con un sollozo infantil.

Las buenas religiosas cerraban a cada instante las puertas de la alcoba, temerosas de que al próximo gabinete llegara alguna frase o exclamación deshonestas. ¡La pobre señora había pecado tanto! Pero nada de eso. Exclusivamente dos alucinaciones alternaban en el dolorido cerebro de D.<sup>a</sup> Juana. Unas veces la mina de carbón, con sus tinieblas pavorosas, sus llantos, sus clamores y su terrible silencio: otras un siniestro individuo se instalaba a los pies de la cama y soplando en un canuto, formaba un globo encarnado que poco a poco se inflaba, se dilataba, crecía, hasta llenar la alcoba.

Desde que se inició la gravedad, no había vuelto a acordarse de Fermín. Todas sus energías se concentraban en la defensa del *yo*. El espíritu atendía exclusivamente al terrible duelo: todo lo demás le era extraño e indiferente.

El pobre chico se pasaba los días en la calle y en el cuarto del portero. A excepción de Antonio, toda la familia le aceptaba y aún le acogía con cierto cariño. Era tan simpático, tan sencillote! Pepita le daba las grandes latas en el descanso de la escalera. Don Juan Manuel le saludaba con un familiar.—Hola, pollo! Los niños se disputaban el sable y la teresiana y Paternal le llamaba—Mi teniente. Todos, incluso el P. Ladovcette y Sor Carolina del Silencio, la Superiora del Santo Pesebre, tenían el mismo proyecto y lo formulaban con cierto *embullo*—Si escapa, los casamos.

Una noche, la voz corrió por toda la ciudad de que doña Juana estaba *acabando* y que le iban a llevar la *Majestad*. Fermín, a quien un camarada dió en la calle la noticia, corrió como un loco. Al entrar en el patio, un silencio extraordinario y solemne que parecía venir desde lo alto, le llenó de pavor. Sus piernas se doblaron, un sudor de agonía le mojó el cráneo. Sufría por vez primera el suplicio del miedo en todo su horror. No podía subir, no podía moverse.

Juana se moría, quizás había muerto ya. Y en vez del poético deseo de arrodillarse ante el lecho de la agonizante, de recoger su último suspiro, sentía el impulso innoble de correr, de irse muy lejos, de dar por terminado aquel capítulo de su vida.

...La campanilla sonó, al principio lejana, en el fondo de la alcoba, luego cada vez más próxima... El cortejo se acercaba, desarrollóse murmurante por las galerías, bajó lentamente la escalera... El patio quedó desierto y de pronto Fermín sintió que le llamaban. Era una vozecita infantil, quebrantada por el llanto. Sabió vacilante, tropezando con los escalones y la mano de Pepita le condujo hasta la alcoba.

El gabinete estaba lleno de gentes que hablaban casi en voz alta. Cuando entró el muchacho todos se callaron, atendiendo con ardiente curiosidad. Recordó luego que el P. Ladovcette le había abrazado, diciendo vagas frases de consuelo, que no pudo entender, porque su alma pertenecía toda ella al terrible espectáculo de la alcoba.

La Juana de sus amores, de sus besos y de sus sueños, ya no estaba allí: en la cama yacía una vieja muy grande y muy flaca, con el pelo casi blanco. Y aquel perfil medroso! Las mejillas sienosas y colgantes, la nariz descarnada y temblorosa, la boca entreabierta con expresión de angustia y

súplica, mostrando la negrura siniestra de las encías! De las mangas de la camisa salían los brazos oscuros, delgados como tablas y las manos larguísimas como arañas monstruosas, se arrastraban lentamente por las ropas, remontando hácia el pecho, con gesto pertinaz y terrorífico.

---

### XIII

Un día, al amanecer, el Dr. Díaz Cerruso salió de la alcoba de D.<sup>a</sup> Juana, cantando como en la Traviatta.

#### *La convalescenza non é lontana...*

Estaba, contentísimo, pedía a todos enhorabuenas. A la verdad, el caso había sido espléndido, la enfermedad había evolucionado conforme al patrón clásico, como si el *bacillo* hubiese querido obedecer a Dievlafoy, como un recluta al sargento instructor. A los treinta y cinco días justos, el termómetro comenzó a apiadarse, acusando temperaturas aceptables y el estupor, heraldo de la muerte, se alejó poco a poco del campo de batalla.

Al saberse que D.<sup>a</sup> Juana estaba *fuera de peligro*, muy pocas personas se alegraron sinceramente. La mayor parte, haciendo coro con el P. Ladovcette y Sor Carolina del Silencio, afirmaron que la terrible enfermedad había sido un aviso del cielo y que ojalá sirviese de escarmiento a todos.

los que, apartándose del seno amoroso de la Iglesia, se entregaban a la bestial satisfacción de sus pasiones.

La convalesciente no hablaba nunca de Fermín, lo que tenía a todos asombrados, menos al médico que en esa pérdida de la memoria hallaba otra prueba del clasicismo de aquellos excelentes microbios.

El pollo ya no estaba en Gran Atlántica. Tras de mucha brega, Díaz Ceruso había logrado que aceptase su traslado a Tenerife. Pepita fué la única en protestar contra esta solución. ¿No habíamos quedado en que si mamá Juana escapaba, la casaríamos con el teniente?

A lo que, el viejo amigo, incomodándose replicaba:

—Si sabré yo lo que me pesco. Muchacha, tú no has mirado bien a tu madre. Anda, fíjate. ¿Te parece que tiene tipo de desposada?

Que había de tener! Era una *viejita*, un ser enteramente nuevo, tan distinto de la Juana de antes, que parecía que ésta se había embarcado para un país muy remoto. Que lástima, señor! Pepita se compadecía hasta llorar, contemplando la cabecita gris, la papada colgante, los ojos marchitos, la boca seca y descolorida, los dientes impuros.

En cambio, D. Juan Manuel y Torren-

tito apenas disimulaban su malvada alegría ante la ruina de la mujer que había tenido la desvergüenza de no hacerles caso.

—Ha dado un *bajón*, caballeros! Cá, no es ni la sombra de lo que fué! Está hecha un carcamal.

La convalecencia fué muy larga y no exenta de peligro. Por las noches, la fiebre reaparecía, la debilidad era extraordinaria, una suerte de neblina envolvía la memoria y la inteligencia.

Durante mes y medio, D.<sup>a</sup> Juana no hizo otro viaje que el de la cama al sillón. La acompañaban por la mañana Pepita o doña Eugenia. Por la tarde llegaban visitas que, por mandato facultativo, se quedaban en la sala, a fin de no marear a la convaleciente. Al obscurecer, entraba el P. Ladovcette y después de rezar el rosario, el suave bartolita platicaba un ratito con su *grande amie*.

Contemplábase ya dueño absoluto del campo. Dios, como siempre, triunfaba. El bacillo, ejecutor de la divina sentencia, había acabado en pocos meses con aquella belad anacrónica, escandalosa, fuente de orgullo y de pecado. El cuerpo casi ya no existía: solo quedaba un alma resignada, dispuesta a aceptar la dulce servidumbre de la Iglesia, a bañarse diariamente en la penitencia, hasta quedar blanca, limpia y perfumada con el zahumerio de la gracia.

Pasaron cinco meses. Atentos a su yo, parientes y amigos se ocupaban cada vez menos de D.<sup>a</sup> Juana. Era una vieja, la abuela, un libro ya terminado, una historia ya leída, sin otro epílogo que el cementerio. Que viviese en lo adelante para los demás. Bastante había vivido para sí propia.

Poco a poco la iban dejando sola. Nadie la temía. ¿Dónde estaban sus terribles ocurrencias, su instinto de minero para descubrir el ridículo, para sacarlo a luz con un hábil golpe de piqueta? Suponían algunos que había quedado mal de la cabeza, que estaba un poco chiflada. Parecía indudable que aún no había recobrado la memoria, puesto que jamás nombraba a Fermín.

Y sin embargo, pensaba en él de día, de noche, a todas horas. Le evocaba con ansia y creía verle, con su cabeza rubia, poblada de ásperos rizos, su mirada azul, brillante y sincera, su boca de cereza, sus miembros blancos y robustos, su delicioso olor a juventud. El recuerdo de tantas horas ardientes, pasadas en la íntima comunión de la carne, encendía los sentidos de la pobre mujer, suscitaba en sus entrañas la nostalgia desesperada de la caricia. Su entendimiento ágil, propenso a la ironía por inclinación natural y por hábito, definía claramente la situación. No, ella no había delinquido. ¿Qué culpa era la suya? Antes que

reo, era víctima del amor, que ella creyó pasatiempo y juguete, materia de burlas y travesuras, sin sospechar que es una ley de la naturaleza, inflexible y cruel como todas. No, su miseria y su dolor no eran un castigo, eran la vida misma, la indeclinable lógica de la evolución. Mientras fué joven y hermosa, tuvo derecho al amor; sus encantos, la boca fresca, los ojos puros, el seno rígido, las curvas tentadoras, le servían para eso, para atraer al hombre, como el cebo oculto en la trampa atrae al animal hambriento. Antes, era un peligro social, como lo es toda mujer hermosa, origen probable de crímenes, de locuras y de vilezas. Ahora, ya no era de temer. Había perdido su cetro, los hombres la acogían con la indiferencia desdeñosa con que miran las turbas al rey destronado y fugitivo.

---

## XIV

Leyó la noticia en un periódico. Aunque se avergonzaba de confesarlo, gustábasele la lectura de la prensa local. Sentada en un cómodo sillón, calados los anteojos y el regazo lleno de papeles, era el tipo acabado de la abuela, un resto de otras generaciones, olvidado en un rincón por la escoba del tiempo.

El suelto se le metió de improviso por los ojos. D. Fermín Uriarte, ascendido a primer teniente, llegaría en breve a Atlántica, de paso para la Península.

Dos horas más tarde, Aguedita, toda *elementada*, confirmó la verdad del notición, se lo había dicho Pepito Cancela. El vapor llegaría aquella misma tarde a las cuatro. Tan pronto como D. Fermín *saltase*, ella le echaría el guante y le llevaría al *Oratorio*.

—Señora, vístase. Véngase conmigo. ¿Qué saca de estarse ahí, metida en un rincón, dejándose clavar el diente, por tanto envidioso?

Tal vez fuera la verdad. Estaba rodeada de envidiosos y hasta los suyos le

volvían las espaldas. ¿Serían quizá sus desgracias el resultado de una conspiración? Sus enemigos esperaban hundirla, jubilarla de sus funciones domésticas y sociales. Si ella quisiera, podría aplastarlos, con solo reanudar en sus barbas la divina novela. ¿Un viaje a Europa con él, no sería la reconquista de la juventud y la belleza, el resurgimiento de la soberana fiesta del amor?

Entre Aguedita y Teodora la vistieron a todo escape. Quisieron teñirle el pelo y pintarle el rostro, pero ella no lo consintió.

La vieja salió primero y poco después la señora. Juntáronse en el parque y allí tomaron una tartana.

Cuando llegaron a la calle P. B. I, faltaba poco para las cinco. Aguedita dejó a la señora en la puerta del Oratorio y ordenó al tartanero que la llevase corriendo al muelle de Santa Catalina.

En el interior de la casita, flotaba ya la ceniza melancólica del crepúsculo. La tarde era de Diciembre, corta y gris. Abandonado hacía más de un año, el Oratorio había perdido su *yo* cariñoso y familiar, la huella cálida de la presencia humana y los muebles fríos, empolvados, dispersos, habían recobrado su actitud indiferente, su inercia y su hostilidad de *cosas*.

De pronto, sin que ella pudiese espe-

rarlo ni preverlo, tuvo el presentimiento helado y pavoroso de una catástrofe. Fue como si la muerte, acercándose a pasos quedos, le hubiese puesto la mano en el hombro. ¿Porqué he de morir?, pensó. Y al acercarse al espejo para quitarse el sombrero, comprendió que la muerte estaba allí, que obra suya era el espantajo siniestro que la hoja brillante reflejaba. La piel terrosa colgaba como la bolsa de un mendigo: los labios, descoloridos y secos, se contraían con expresión de amargura y desaliento, la cabeza era de un gris sucio, mil veces más feo que el albor de las canas y sentía debajo de las ropas, en las antes deliciosas intimidades de su carne, la irremediable desaparición de la curva robusta y airosa, la relajación del músculo que se abandona y cuelga.

Y Fermín que se acercaba, que podía llegar de un momento a otro! Huir, huir! Se puso atropelladamente el sombrero y ya se dirigía corriendo hacia la puerta, cuando sintió el rodar precipitado de una tartana, el galope del caballo, el restallido del látigo... Oyóla dar la vuelta a la esquina, entrar en la calleja, y la brusca parada, con el golpe seco de la retranca en las ruedas, la hirió bruscamente en el corazón. Era él que llegaba... Corrió como una loca, derribando los muebles, tropezando con las paredes, como un animal perseguido.

Fermín la buscaba por toda la casa, la llamaba cariñosamente:

—Juana, Juana, donde estás?

Al fin dió con ella. Se había refugiado en un rincón de la cocina y era un bulto negro y humilde, del cual salía el rumor desesperado de los sollozos.

De rodillas ante ella, con un brazo alrededor de su talle, suplicábale con palabras ardientes que le mirase, repitiéndole que él era su Fermín, su Fermín *de siempre* que con toda el alma la quería. Un beso, no le pedía más que un beso, uno sólo!

Ella, bruscamente, se volvió. Cogiendo entre sus brazos la cabeza rubia, hundiendo sus dedos en los rizos apretados y duros, miróle un instante con infinito desconuelo y le besó desesperadamente en la frente, en los ojos, en la boca. Su voz, enronquecida por el llanto, monótona y profunda como una queja, repetía.

—Oh mi adorado, mi adorado!

Pero cuando él, enardecido por las caricias, intentó levantarla, llevársela entre sus brazos robustos, ella resistió con sobrehumana energía.

—No, no quiero... véte... déjame sola!

—Calla. No me rechaces... toda la noche contigo... quieres?

Y la besaba con ánsia, subyugado por

los recuerdos, enloquecido por la esperanza de la voluptuosidad cercana.

Ella le rechazaba con toda la fuerza de sus brazos; pero toda ella protestaba contra la negativa, un anhelo furioso de entregarse, de someterse a la caricia varonil, ardiente y ruda, de subir unidos hasta la cumbre divina del éxtasis, paralizaba sus miembros, obscurecía su vista, anegaba su voluntad en una languidez de ensueño.

. . . . .

Hasta la hora del amanecer estuvo Juana en el Oratorio, sentada junto a la cama en que dormía Fermín. Lloraba suavemente, con el alma henchida de agradecimiento y de ternura. Y no sentía vergüenza, al recordar la limosna que el pobre muchacho le había hecho. Porque limosna de amor había sido: con cuanta claridad se lo dijeron, la repulsión física, el instintivo movimiento de retroceso, inmediatamente dominado por un arranque soberano de compasión y de ternura. ¡Alma sencilla y hermosa! No, la vieja enamorada sabría desaparecer a tiempo, refugiarse en el rincón inaccesible de la muerte, librar del gravámen del sacrificio aquella vida sana y pura, destinada al amor bendito del lecho fecundo, de la cuna sonriente...

Salió del Oratorio, cerrando blandamente la puerta. Empezaba un día del invierno atlántico, una mañana de Diciembre, adorablemente pura, dorada y tibia.

---

## XV

Sentóse entre dos *tabáibas*, con las piernas colgantes sobre el abismo. Frente a ella se extendía la majestad serena del Atlántico, la inmensidad brillante, de continuo estremecida por ligerísimo temblor, como la piel de un animal hermoso, bajo la caricia del amo. El sol subía lentamente, paternal y magnífico, desatando desde la altura el ardiente raudal de la alegría, del entusiasmo, de la inefable delicia de vivir. Abajo, las olas batían sin descanso el pié del áspero acantilado: era un fragor incesante de batalla, profundos golpes de maza, silencios angustiosos, salivazos violentos de espuma, estertores de agonía.

El día continuaba su curso, indiferente y sereno. Después de la mañana, fresca e ingénua, el medio día dilató por todas partes su luz triunfal. Y luego comenzó la declinación lánguida y melancólica de la tarde, la luz se dormía poco a poco en el espacio, prolongando su caricia.

La pobre mujer agonizaba lentamente, tendida en el áspero suelo. Sus brazos extendidos, trazaban sobre la tierra gris el signo doloroso de la cruz, y era toda ella un montón lamentable y siniestro, el herido de muerte que una horda de mendigos deja abandonado a la vera de un camino, solitario y salvaje. Cuando abría los ojos, todo le parecía negro, una amargura inmensa le llenaba el pecho, el aire se escapaba silbando de su boca.

Era ya de noche, cuando se incorporó bruscamente. Fué como si despertase. ¿Qué hacía allí? La casa quedaba muy lejos, su cama la esperaba. Vamos, pronto, arriba, el camino era largo... Sentóse, con las piernas colgando sobre el abismo.

Y entonces sintió que el espíritu la abandonaba, volando en la sombra, con alas de pavor. El cuerpo, ya sin alma, fué el que se inclinó violentamente hácia adelante, como si quisiese saludar al abismo negro, con una lúgubre reverencia. Resbaló en la tierra seca y sus brazos se agarraron fuertemente a los duros troncos de las tabaibas. Al mismo tiempo soltó un grito, un alarido agudísimo, de espanto y horror. Unos cuervos volaron asustados, una ráfaga de viento pasó, erizando las hojas de los matorrales. El cuerpo pendía sobre el abismo, sostenido solo por la férrea convulsión de

las manos. Un sudor de agonía le mojaba el cuello, la cara y la cabeza. Gritó de nuevo, pero con voz más débil, un lamento desesperado que acabó en sollozo infantil. Sus fuerzas llegaron al límite, sus manos se aflojaron bruscamente, el cuerpo cayó con cierta lentitud, volteando con siniestra elegancia.

Antes de llegar al fondo de la sima, llena de tinieblas y de horrendo clamor, doña Juana estaba muerta.

---

## XV

A la siguiente noche, de vuelta del entierro al que asistieron solamente unos cuantos amigos de la familia, Zabulón y Díaz Ceruso, se dirigieron lentamente al centro de la ciudad, recorriendo las calles del barrio de Vegueta, desiertas y silenciosas en aquella hora de las once.

El poeta, que había llorado al despedir en la tarde anterior a su amigo Fermín, sentía la obsesión de la romántica aventura. Era ésta según él, una prueba de que, en medio de los prosaismos y de las ruindades de la vida burguesa, el ideal subsiste, alumbrando los caminos del horizonte, abriendo para las artes la fuente luminosa de la inspiración. Qué tipo, Doña Juana! Como se destacaba su figura, enamorada y trágica, sobre el plácido rebaño de las pobres mujeres contemporáneas!

—Créame, D. José. Tenemos aquí un asunto *enorme* para el arte.

Y como el viejo guardase silencio el muchacho insistió.

—¿No le parece a Vd. lo mismo?

—Según y como, dijo al fin Ceruso. Si te has figurado hallar en D.<sup>a</sup> Juana un tipo ideal, una de esas mujeres extrahumanas de las que han incendiado en otros tiempos la fantasía de los grandes poetas, creo que vi- ves equivocado, como aquí decimos.

—Le diré. Yo veo en D.<sup>a</sup> Juana un caso de magnífico altruismo. *Entiendo* que su muerte no es el suicidio vulgar *por amores contrariados*, sino un sacrificio *estupendo*, un *gesto* de una elegancia delicada y conmovedora. Es admirable, es artístico, saber morir a tiempo, ausentarse en el momento preciso en que vamos a gravar pesadamente la vida sentimental del prójimo.

—Basta! exclamó Díaz Ceruso, dando un fuerte bastonazo en el suelo. Eres un inocentón. ¿Qué me hablas ahí de altruismo ni de sacrificio? No sabes lo que te pescas. Vamos a ver, quieres que te defina en dos palabras a nuestra *grande amiga*? Pues era, una gran egoísta.

—D. José!

—D. Zabulón! Ya lo creo! Su yo resplandecía, se dilataba, llenaba el templo como un ídolo monstruoso. Era uno de esos tipos que no se conforman con la segunda fila, una especie de Napoleón de la vida burguesa. O todo o nada.

—De modo que Vd. sostiene que doña

Juana se mató por egoísmo? Pues hombre, tiene gracia.

—Pues si señor, gritó el viejo amostazándose de veras. Lo sostengo. No faltaba más! Se mató por no abdicar, por no transigir con el pase a la reserva, como si viniéramos a la vida a pintar la mona, a lucir el pié bonito, a cantar romanzas junto a la concha, con los ojos en blanco y la mano sobre la pechera de la camisa. No, Zabuloncito, no, no y no! Venimos al mundo sin derecho al amor, sin derecho a la felicidad, sin derecho a la vida, sin derecho a nada! Venimos a fastidiarnos, a reventarnos por decirlo así, con finura....

El muchacho sonreía, juzgando un tanto pueril y anticuado el materialismo del viejo Ceruso, inocente admirador de «Fuerza y Materia», su libro de cabecera. Cuanto más peligroso no era él, Zabulón, que podía leer a Niezche sin necesidad de clave, y único tal vez en el archipiélago que poseía las obras de Félix Le Dantec. Considerábase como una mina cargada que se paseaba, amenazante, entre los desapercibidos indígenas. El día menos pensado reventaba, esto es, daba a luz su «Himno a la Fuerza»... Si... pero... y los veinte y cinco duros del Ayuntamiento?

Cuando los dos amigos se despidieron,

Díaz Ceruso echó por una mísera calleja que conduce a la orilla del mar.

Desde el día anterior reinaba el tiempo del Sur y la espléndida noche africana, apenas extinguido el crepúsculo, iniciaba la maravillosa exposición de sus diamantes. Sentado en unos pedruscos, con el bastón entre las piernas, el médico permaneció allí largo rato, con la frente alzada. En vano se repetía que todo aquello era una joyería insulsa, sin sentido claro, un alarde de fecundidad y de lujo de la eterna Matrona, de la Materia sin principio ni fin... Los diamantes hablaban. ¿Que decía la purísima Capella, el grave Aldebarán, el incomparable Sirio que en aquel instante se desprendía, majestuoso, de la línea del horizonte? Orión se le antojaba una balustrada de luz detrás de la cual iba a mostrarse, de un momento a otro, una figura triste y pensativa.

El viejo se irguió y descargando un cólerico bastonazo sobre los guijarros, dijo en alta voz.

—Jinojo! Que querrá decir todo ésto?

FIN

# EL DESRISCADO

# EL DESRISCADO

---

A EDUARDO MILLARES

Al llegar a la Cruz de Tejada hizo alto la comitiva, y poniendo en tierra la parihuela tumbáronse en torno los pastores, rendidos por el peso de la carga y por la ruda pendiente del camino, mientras el alguacil, caballero en su burro, dirigióse a la venta.

El desriscado quedó en el suelo, acostado de espaldas frente a frente a la formidable fulguración del firmamento.

Era noche todavía, aunque próxima la mañana, y la Luna, en menguante, cerca de Occidente, no empañaba el brillo de las grandes constelaciones que, con espléndida serenidad, parecían clavadas en la altura. Destacábanse las estrellas de mayor tamaño con centelleo fulgurante; más allá parpadeaban otras más pequeñas o más lejanas; detrás amontonábase el luminoso polvo de las nebulosas, y en último término, el espa-

cio negro, el misterio insondable, todo ello gravitando como una bóveda colosal sobre el cuerpo de la mísera criatura, con la pesadumbre pavorosa de lo inaccesible y de lo inconmensurable.

El grupo de los cargadores apartóse del moribundo, ya agotada por el largo viaje la primitiva y espontánea impresión, mezcla de curiosidad y lástima, que les había inspirado el accidente. Ahora sólo persistía el cansancio, el pensamiento egoísta de un día perdido y de la jornada larga y penosa que aun quedaba por hacer hasta la ciudad. El desconocido yacía al pie de la cruz como un estorbo, e instintivamente sentían el deseo de que concluyera pronto. De ese modo el viaje terminaría en el próximo cementerio de Valleseco.

En espera del alba, para bajar la cuesta de los Peñones, habíanse instalado en la encrucijada; algunos dormitaban; un viejo echaba yescas para encender el virginio; los más miraban sin ver, desde aquella inmensa altura, el fondo de la Caldera de Tejada envuelta en la sombra nocturna. Sin darse cuenta de ello, sufrían la querencia de aquel rincón de la Tierra, donde quedaban abandonados sus intereses. El hábito les hacía desdeñar la grandiosidad del espectáculo.

Está la cruz en el borde del inmenso cráter, sobre el espinazo de la Sierra que

divide la isla de Norte a Sur, y desde allí, disimulados los accidentes del terreno por las sombras y la distancia, la caldera de lava calcinada, sin otra vegetación que los fúnebres cardones y las tabaibas rastreras, parecía cortada a pico como un paisaje lunar infecundo y mudo, coronado arriba en la arista de la cumbre por los risquetes fantásticos, cuyas sombras alargadas y retorcidas tendíanse sobre las vertientes buceando en el abismo.

A la luz de la Luna, que resbalaba sobre la superficie de la tierra, sin penetrar los huecos, el paisaje tomaba un tinte lívido de mundo apagado como un cadáver de planeta bogando por el espacio bajo la fulguración del firmamento. Ni una voz, ni un susurro de hojas, ni un soplo de brisa turbaba el silencio pavoroso de la montaña. La vida era la vida de la piedra, la que duerme inmóvil y muda en las ruinas de las antiguas ciudades sepultadas que hoy desentierra la mano del hombre.

Apenas si se adivinaban en el fondo del cerco la mole de la Mesa de Tejada, un cubo colosal cortado a pico, y los monolitos del Bentaiga y los Roques, colocados en fila y descendiendo uno tras otro al abismo como una caravana de magos. Pero, en cambio, arriba, en el borde, destacábase firmemente la admirable silueta del Nublo, un bloque

de traquita de cien metros de altura, como una almendra colosal que se mantuviese sobre el abismo por un milagro de equilibrio, seguido por la cohorte de risquetes más pequeños, de contorsionada figura, que parecían perpetuar a través de las edades un gesto prehistórico de espanto o de cólera.

Por detrás de la Caldera, en un término más lejano, avanzaban los riscos de la Aldea cubiertos por el pinar, y más allá, cerrando el fondo del paisaje, entre dos promontorios de lava, descubriáse una franja de mar dormido, en cuya superficie la Luna ponía un reflejo de plata bruñida.

En aquel escenario de piedra, que desde el nivel de la playa escalaba el espacio hasta una altura de 1.800 metros, que tenía por fondo el mar y por bóveda el firmamento, en el silencio y en el reposo absoluto de la noche, la criatura humana desaparecía aplastada por la grandeza del paisaje.

El alguacil volvía de la venta con un frasco de ron para brindar a los mozos. Habíase apeado del borrico y le seguían el ventero, en mangas de camisa, y dos mujeres que desde Tirajana, por el mismo camino, se dirigían a la ciudad a vender huevos y pollos.

Hablabán del suceso y sus voces resultaban opacas, apagándose a corta distancia en la atmósfera enrarecida de la cumbre.

Parecía que se hablasen al oído como en la alcoba de un moribundo.

Al llegar junto a la cruz, dejaron las mujeres su mercancía en tierra y todos se inclinaron sobre la parihuela con intensa curiosidad. Todavía tuvieron que maniobrar mañosamente para que las sombras de sus cuerpos se apartasen del moribundo, sobre el cual lanzábalas obstinadamente la luz de la Luna. Al fin lo consiguieron, y entonces lograron verle.

Yacía de espaldas sobre un montón de harapos, despojos de tela de embalaje de la que emplean para transportar los abonos. Otro amontonamiento del mismo tejido tosco y burdo, envolvía el cuerpo, y bajo él adibinábase en los ángulos bruscós la deformidad de las piernas rotas, y la prominencia redondeada del vientre. En algunos sitios la tela, empapada en sangre y lodo, pegábase a la carne como un emplasto sucio. El cuerpo permanecía inmóvil; pero las manos se agitaban constantemente como si pretendiesen atrapar al vuelo un enjambre de mariposas inoportunas; la izquierda, pequeña, blanquísima y regordeta; la derecha reducida a un muñón, horriblemente mutilada. En cambio, el rostro apenas presentaba ligeros rasguños; mostrábase grave y sereno; intensamente pálido, encuadrado, arriba, por el amasamiento de la cabellera y, a los lados,

por una barba luenga de color de ceniza. Bajo las cejas hirsutas, ahondábanse las órbitas, y en su fondo los ojos brillaban como el agua profunda de las cisternas. Sus labios permanecían cerrados, y las alas de la nariz latían apresuradamente.

Parecía un hombre de más de cuarenta años, bajo y obeso, un tipo vulgarote, ennoblecido de pronto por el toque grave de la gran artista. Sin duda era extranjero, un inglés, a juzgar por su color y por el traje.

El ventero le reconoció. Dos días antes había atravesado la cumbre y descansado en el mesón. Por cierto que no debía saber ni una palabra de castellano, pues el mismo dirigióse al modesto escaparate, y después de destapar y oler varias botellas sirvióse un vaso de *coñac* con agua de Firgas. Detúvose largo rato en la cruz, en el propio sitio donde ahora agonizaba, contemplando la Caldera y tomando apuntes, entre ellos uno de la meseta del Nublo, que era como estarla viendo. Después, y siempre por gestos, le indicaron el camino hasta la base del Roque, y hacia allá se encaminó a paso que parecía incompatible con su facha de hombre regordete y pesado. A la noche supo por un pastor que lo había encontrado más allá del Nublo, en dirección al andén de Tazarte.

Precisamente en aquella enriscada ve-

reda había ocurrido la desgracia. Y el alguacil completaba el relato del ventero, mientras los mozos, atraídos nuevamente por el incomparable interés de todas las catástrofes y ansiosos de añadir a la manoseada historia un detalle, reuníanse en torno al cuerpo del extranjero, poniendo en el paisaje la nota fantástica de sus siluetas de gigantes y la ronca modulación de sus voces.

Ninguno le vió caer. Encontróle un hijo de Pedro el de la Solana enganchado en una roca, cerca del fondo del precipicio, donde llaman el Salto del Negro, y teniéndole por muerto corrió hasta Tejeda para dar aviso al juez. Cómo no era posible descolgarse por el andén, tuvieron que dar un rodeo por la Degollada de Casilda y trepar por la Solana. Por cierto que Juan el de la Palmita se distinguió en aquella tarea, enriscándose, con ayuda del garrote, y bajando con el inglés a cuestras, amarrado como un saco de *millo*. Y Juan el de la Palmita, allí presente, abultaba el relato, ya comido del pecado de la codicia, pues el alcalde y el juez habían hablado de recompensas

Pero él no era egoísta; reconocía y ponderaba el socorro de los otros, sin cuya ayuda no hubiera podido terminar el salvamento, sobre todo Antonio Lino y Pancho Alonso, que subieron hasta la mitad del risco y le ayudaron a descolgar el cuerpo des-

de el socavón al barranco. Aquello era de mucho peligro y mérito. Y Antonio Lino y Pancho Alonso, allí presentes, añadían otro detalle: sin las piernas de Siverio, todo hubiera sido inútil, pues él fué el que en menos que se reza un credo, trajo la sogá desde la Solana para amarrar el cuerpo, sin contar, como decía Siverio, allí presente, que el alguacil también había trabajado mucho, facilitando los sacos de guano para la parihuela. Ni siquiera callaba tío Pedro el de la Solana, también presente, pues según decía, y era verdad, si su hijo no hubiese descubierto el cuerpo todo lo demás resultaba inútil. La leyenda se formaba, y en aquellos cerebros incultos la recompensa, el oro inglés, adquiría proporciones colosales.

El alguacil servía copas de ron, asintiendo con lentas cabezadas a cada nuevo detalle. La ilusión, la hermosa hija del alcohol, hacíale ver los objetos de color de rosa.

—Beban—decía—, beban estas copas de ron de la Habana pa refrescar de la caminata, que too eso y más que no digo va aquí apuntao en el protocolo judicial por mano del secretario y orden del señor juez. De seguro, o yo soy un negao, que el Tribunal de lo Supremo condena en costas a la Inglaterra. Y tú, Juan del Pino, no temas por la

cobranza de este frasco, que yo como delegao la apunto en el costerío.—Entonces fué cuando el moribundo empezó a hablar.

Seguía inmóvil, con los ojos encuevados y fijos en el firmamento; las manos, inquietas, afanosas de atrapar al vuelo las imaginarias mariposas; la izquierda, blanquísima y regordeta; la derecha, horriblemente mutilada; un dedo colgando de un pedazo de piel, y la palma abierta como la de un Cristo. Hablaba en un idioma desconocido, con extrañas inflexiones, silbidos estridentes y resonancias guturales, entrecorridos por un hipo pertinaz. Su voz, la palabra no entendida, vibró por largo tiempo en el silencio de la cumbre, ante el asombro de los pastores que rodeaban el cuerpo, inclinados curiosamente a tierra, escuchando sin comprender aquellas palabras, que, a juzgar por la fijeza de los ojos, parecían dirigidas a un ser invisible para ellos y que, instintivamente, con mirada recelosa, buscaba en la altura.

El moribundo hablaba; su voz era lenta, reposada y grave. A veces enmudecía, como si atendiese a otra voz sólo por él oída, e inesperadamente reanudaba su relato.

Una de las mujeres murmuró:

— Parece que está rezando.

Pero el ventero rectificó en seguida. Los ingleses no rezan; son herejes, y cuan-

do van los domingos a sus iglesias se ponen muy serios a cantar. Más parecían aquellas palabras cosas y figuraciones del delirio, que le hacían conversar con personas de su tierra o de su familia.

Y por un momento en aquel grupo de salvajes inofensivos surgió la idea de que aquel hombre, despeñado en un rincón de la cumbre, pudiera tener esposa, hijos, tal vez una madre viejecita aguardándole en aquella tierra de ingleses de que habían oído hablar vagamente y de cuya existencia no tenían seguridad absoluta.

— ¡Vaya una tristeza, caballeros! — murmuró tío Pedro el de la Solana.

No podían apreciarla en toda su intensidad. Para ellos, la vida fatigosa y monótona, de bestias sumisas, de lomo dócil a la carga y al látigo, no les daba espacio para disfrutar el goce de la familia. La propia mujer no era sino la hembra necesaria para guisar la comida y echar hijos al mundo que les ayudasen a buscar la vida.

De nuevo se habían apartado, y, sentados sobre las piedras, fumaban silenciosamente, con los ojos clavados en la parihuela.

El extranjero seguía hablando; pero las palabras se mezclaban al estertor, un ruido de resaca que bajaba y subía rítmicamente. El tono de la voz se mudaba; ya no era la vibración, grave y lenta, que antes

hizo pensar a las mujeres en la recitación de una plegaria. Poco a poco se había hecho plañidera, con un dejo mimoso, impropio del rostro envejecido. Parecía que había retornado a la cuna, a la edad infantil, en que el llanto es la única manifestación del pensamiento. Los intervalos de silencio se hacían cada vez más largos, la respiración se suspendía y a cada tregua los espectadores tenían la impresión, un sobresalto angustioso, de que ya no volvería a hablar.

Y de nuevo volvía la palabra; pero una, una sola, incesantemente repetida, una voz de socorro, tal vez de terror al infinito que fulguraba ante sus ojos.

Los propios pastores entendieron que repetía siempre lo mismo, que algo pedía o que a alguien llamaba.

—¿Que pedirá?

—¿Pedirá agna?

—¿Llamará a su madre?

Ninguno lo supo.

De pronto, el silencio se hizo definitivo.

Y los espectadores, sin haber sentido la emoción intensa que esperaban, tiraron las colillas de cigarro, y unos en pos de otros, se acercaron al cadáver.

El desriscado continuaba inmóvil. Las manos reposaban al fin; la izquierda, cerrada, como si hubiese atrapado una mariposa.

Los ojos seguían abiertos; pero en su fondo se había apagado el reflejo que guarda el agua profunda de las cisternas. Un sudor copioso inundaba el semblante, como un rocío matinal.

Hubo un rebullicio de alas en las cestas en que las mujeres llevaban su mercancía. Un gallo cantó

La luz alboreaba en el Oriente.

---

**MADRINA**

# MADRINA

---

A. AGUSTIN MILLARES CARLO

Encaramado en el balcón, con los pies metidos entre los barrotes, violentamente inclinado a riesgo de caerse, el chiquillo contemplaba la calle, una calle recta, ancha, interminable, que extendía a derecha e izquierda, hasta fundirse en una suerte de neblina luminosa, la doble hilera de sus faroles de gas.

Detrás de él, sentía la obscuridad perfumada y cálida de la sala y la serie familiar de las habitaciones, el gabinete, el despacho del padre, donde había tantos libros con «monifatos», el comedor en que precisaba estar como en misa, encaramado en una silleta alta, con una servilleta amarrada en el cogote, entre el papá y la madrina que le enseñaban el complicado manejo del tenedor, y la cocina, lugar delicioso y terrible, con su hornilla que bramaba y ardía

como la boca del infierno y aquel gato gris, tan afectuoso, tan atento, verdadero gato parisién.

Habían querido acostarle inmediatamente después de cenar y él se había escabullido y ocultado. allí, en el hueco del balcón detrás del pesado cortinaje. ¿Era culpa suya si aún no tenía sueño? ¿No era una crueldad meterle en la cama, para tenerle en ella despabilado horas y horas, a merced de los caprichos de un «fantasma» cualquiera?

Allí se estaba mejor, viendo pasar tanta gente y tanta caballería. Aquello era París, un pueblo muy grande con un «sin fin» de casas. Antes, él había vivido en otra parte, en una ciudad chiquita que llamaban Canaria, en una casa blanca con balcones verdes que daban a una calle silenciosa, por cuyo centro corría una acequia en la que las vecinas lavaban su ropa. ¡La calle del Agua! Persistía también en un rincón de su memoria la imagen de la huerta de plataneras, violentamente alumbrada por el sol africano y de la fresca azotea desde la cual se dominaba la inmensidad azul, temblorosa y brillante, que ondulaba vagamente, desde la playa de oro hasta el misterio del horizonte. ¡El mar! ¿Dónde estaba el viejo cariñoso cuya voz gruñona y paternal sonaba

tan alta por las noches, invitándole a rezar y a dormir?

De pronto sintió frío y ganas de llorar. ¿Qué hacía allí tan solo? Ya era tiempo de que entrase. La madrina le estaría buscando por toda la casa. Soltó los barrotes y se deslizó hasta el suelo. Adelante!—¿Por qué el hueco sombrío de la sala le infundía tanto pavor? ¿Estaría allí, tendido en el sofá, el esqueleto de su madre que el papá, la madrina y él habían venido a buscar para llevárselo a Canaria? Jesús! Y en el momento preciso en que empezaba a sollozar, unas manos suaves y tibias le acariciaron el rostro y una voz fresca y alegre dijo:

—Te cojí!

Era la madrina.

Después, sin saber como, hallóse sentado junto a la mesa del despacho, delante de un tomo de ilustraciones, frente a un señor moreno y adusto, que leía atentamente con la cabeza entre las manos. De cuando en cuando el chico alzaba sus ojos cargados de sueño y a través de una suerte de niebla se le aparecía la faz hermosa y la barba en punta de aquel hombre temido y adorado, que era su padre.

Y el hombre aquel le sonreía, enseñando unos dientes muy blancos...

Después, el cuello se dobló suavemente

y la cabecita descansó en la página fresca del libro. El chiquillo dormía.

Así debió dormir toda la noche y no despertar hasta la siguiente mañana, al sentir sobre la frente el primer beso de la adorada madrina. Por su desgracia no fué así. Despertóse de pronto, como si alguien brutalmente le sacudiera y llamase y entonces, con los ojos entreabiertos, sin alzar la cabeza, *vió* con una claridad y una precisión extraordinaria, un grupo negro, un hombre y una mujer abrazados febrilmente, casi tendidos en el sofá que ocupaba el fondo del despacho. Eran su padre y la madrina que se besaban en la boca

.....

Durante años y años, la imagen persistió en el cerebro del niño, reapareciendo a cada instante, con nitidez y claridad pasmosas. Era uno de tantos recuerdos que la memoria infantil guarda por largo tiempo, sin desentrañar su sentido.

La explicación vino al fin, sencilla y brutal. Iniciado por un compañero de colegio en el secreto del amor carnal, comprendió el muchacho que su padre y su madrina «se querían», que aquellos dos seres que él reputaba de una esencia superior, eran «un hombre y una mujer como los demás», como las parejas impúdicas del libro obsceno que el camarada le había prestado.

En vano trataba de explicar la falta, de atenuarla con su pedantesco cinismo de colegial. En vano se esforzaba porque la historia le pareciese lógica y humana, e inevitable el impulso que había juntado al viudo y a la cuñada, jóvenes ambos y hermosos, tan lejos de la familia y de la tierra, aislados en el inmenso París. No podía pensar en aquello sin llenarse de rabia. ¡Manchar con la culpa abominable aquel viaje sagrado; aquella dolorosa peregrinación en busca de las cenizas de la madre, muerta en París hacía algunos años! Oh! ¡Aquella madrina preciosa y adorable, cómo les había engañado a todos, a la hermana muerta, al tío Andrés, el infeliz marido, a él que la amaba con pasión absoluta de fanático!

Lejos de pensar que el hombre había sido entonces como siempre el tentador, el verdadero responsable de la culpa, acusaba tan sólo a la mujer, a la hembra nacida y educada para la traición y la mentira.

Sufría cruelmente, como sufren los amantes burlados y escarnecidos, y sentía el impulso horrible de asirla por los hombros y de gritarle en plena faz:

- Hipócrita! Mala mujer! Eres la querida de mi padre!

Pasaba los días en incansable espionaje, analizando miradas, gestos y sonrisas.

Escuchaba detrás de las puertas las conversaciones de los criados. Y nunca, nunca descubrió nada. «Aquello» no se sabía. «Aquello» nunca había de saberse. Y sin embargo, «era». Ellos se amaban, se besaban, se poseían sin que nadie lo supiera, en algún lugar recóndito y misterioso, escogido con refinada malicia, con una astucia infernal.

Al cabo, los desengaños y las miserias de la vida le convirtieron a la indulgencia. Cuando murió su padre, hacía ya mucho tiempo que él le había perdonado. Y ya no sentía en presencia de la madrina la rabia bestial, la cólera del macho traicionado en sus amores, sino una especie de curiosidad dulzona y romántica, un anhelo irreflexivo de murmurar en el oído de la viejecita.

—Díme, madrinita, dímelo por Dios. ¿Es verdad que fuiste la querida de Papa Juan?

---

# LO INVISIBLE

# LO INVISIBLE

---

## A LA HERMANA MARÍA

Los dos hermanos experimentaron una gran sorpresa ante la inesperada confesión de D. Víctor Saavedra. Por un momento intentaron detener la violencia de su discurso, temiendo que, pasado aquel instante de flaqueza, sintiese un tardío arrepentimiento; pero don Víctor no podía contenerse y con un gesto decisivo les quitó todo escrúpulo. No abusaban de su confianza, ni de un momento de debilidad pasajero; necesitaba desahogarse y les había escogido por confidentes.

Y fué espectáculo curioso el de aquel hombre serio, grave, reservado, a quien todos consideraban como un tipo de equilibrio mental, rico, fuerte, feliz, despojándose del fardo pesado de su miseria y arrojándolo ante los ojos de los dos hermanos.

—Es inútil que intenten acallar mi

voz, necesito aliviarme, confesarme a gritos. Yo les conozco a ustedes desde pequeños, somos de la misma generación y aunque la vida nos ha separado, nunca he podido olvidarles. Yo sé que son ustedes buenos, que son capaces de entender muchas cosas que otros no entienden, sobre todo sé que me oirán sin reírse y que me compadecerán.

Sepan ustedes lo que nadie sabe, lo que no he dicho ni a mi mujer, ni a mis hijos porque me moriría de vergüenza. ¡Yo tengo miedo!... ¡miedo!... así como suena... miedo imbécil, invencible, sobrenatural... el miedo que pudiera sentir un pobre niño a la obscuridad, al silencio .. miedo al fantasma, al cóco. ¿Comprenden ustedes mi tormento y mi vergüenza? Yo, un hombre de más de cincuenta años, fuerte como un castillo, jefe y protector de toda una familia, tengo que buscar continuamente mil subterfugios para evitar la soledad en mi casa, buscar con odiosos rodeos la compañía de otro ser... cualquiera... aunque sea un niño para ahuyentar la imágen, la invasión de la horrible enfermedad.

Nó. Ustedes no han comprendido bien, no alcanzan a comprender toda la intensidad del suplicio, todo lo vergonzoso de mi situación... Escuchen... atiéndanme...

El miedo nó me asalta en la calle, ni

en los caminos, ni en el campo. El miedo me amenaza en mi casa, en los espacios limitados, donde hay techos y muros y puertas y ventanas cerradas y cortinajes pesados y alfombras blandas; donde sé que hay otras habitaciones próximas y solitarias o galerías que se prolongan. En todos esos sitios el miedo anida, me acecha y amenaza con su asalto repentino. Podría ir de noche al cementerio, dormir tranquilamente en la playa, darme de puñetazos o jugarme la vida con un ladrón o un asesino... pero no puedo permanecer solo en mi casa. Y vean ustedes mi situación, mezcla de cólera y de vergüenza, buscando el medio de engañar a mi familia para que no me dejen solo en mi casa durante las noches y cuando por acaso no lo consigo, echarme a la calle acechando en las esquinas el momento en que ellos regresan, hacerme el encontradizo, para entrar al mismo tiempo, para no entrar ni permanecer solo con «el otro», con el monstruo horrendo que me acecha y ha de enloquecerme.

¿Como confesar esto a mi mujer, a mis hijos, a los pequeños que ven en mi al protector, al jefe naturalmente fuerte de la casa? O me despreciarían por cobarde, o me compadecerían por enfermo. Yo no soy cobarde, ni soy loco .. Es que siento, es que sé que el invisible me rodea, que ese hueco

está poblado de seres extraños, trágicos o burlones, y que en cualquier momento, en una hora, tal vez próxima, de seguro fatal, se han de rebelar a mis sentidos.

¡Conque malicia tan refinada, con que serpentear tan traidor ha procedido hasta invadirme y sojuzgarme totalmente!

Al principio fué una voz interna, mi propio pensamiento que jocundamente se burlaba de mi preocupación. No me avisaba del peligro, no me hablaba de su existencia; al contrario, se reía del indicio, procuraba desvanecerlo... pero al mismo tiempo me hablaba de él con tanta insistencia, que mis sentidos para serenarse y asegurarse de su inconsistencia, se pasaban las horas de la noche asomados al borde de lo invisible, como un suicida que para evitar la obsesión se pasase la noche asomado al brocal de un pozo.

—Mira hacia la ventana, me decía la voz, mira fijamente y te persuadirás «de que no hay ningún ser» que aceche desde fuera con el rostro pegado a los cristales...

—¿Crees que hay alguien oculto en los pliegues del cortinaje de la puerta? Te engañas: mira bien... está inmóvil...—Asómate al espejo, contempla serenamente su fondo para que te convenzas de que no hay otra persona que asome su cabeza por encima de tus hombros... nadie... estás solo.—¿Piensas

al pasear por el jardín que alguno te sigue? Pues para que te convenzas de lo contrario detente de pronto, vuélvete con rapidez. . . no hay nadie.—Todas estas ideas son hijas de la loca de la casa y para mejor desecharlas; cuando pases por junto a una lámpara, investiga tu sombra, la sombra que proyecta tu propio cuerpo delante de tí y la verás sola, aislada sin nunca desdoblarse.—¿Porqué te atormentas pensando que llaman a la puerta de tu alcoba?... escucha atentamente... nada, nada se oye. — Serénate hombre, no tiembles imaginando que de pronto ha de tocar solo el piano en el salón... eso es absurdo... una locura ridícula...

Y así siempre... Al principio con moderación, callando a ratos; después precipitada y altanera si quería desviar la atención; ahora como un río próximo cuyo rumor nunca calla y que sabemos perenne aun durante nuestro sueño.

¡Todavía hay más... escúchenme, atiéndanme por Dios!

Un día, sabiendo por experiencia que bastaba para auventar la obsesión la compañía de un ser insignificante, ideé asociarme un perro. Y efectivamente, con gran asombro de mi familia que sabía mi repugnancia por toda clase de animales, obtuve de un amigo un ejemplar horrible que los inteligentes apreciaban como maravilloso. Creí

resuelto el problema: el pobre animal fué totalmente mío, me seguía a todas partes, dormía en mi cama, comía a mi lado y en cuanto nos quedábamos solos se acostaba a mis pies, mirándome fijamente como miran los muñecos de cera.

Y un día... una noche... sentí de nuevo la voz interior irónica e hipócrita.

—No te atormentes, me decía, con esa nueva locura ..

¡Y yo que no había pensado en ella, la ví de pronto!

—No te atormentes con esa nueva locura. El perro no ve nada. Si mira a los rincones, o a las ventanas, o a los cortinajes, o a los espejos, si se fija en tu rostro como si viese otro junto al tuyo, no es porque vea nada extraño, es que los animales miran siempre al espacio como los ciegos... no creas que ve algo que tu no ves... aunque de pronto ladrara no es porque se alarme por la presencia de otro... será por simple coincidencia...

¡Y de pronto ladró! ¡Ladró furiosamente con el pelo erizado y los ojos feroces! ¡Veía! ¡Veía!

Dí un salto y conociendo que si corría estaba perdido... que el otro correría detrás de mí y me alcanzaría, procuré tirar de todos los frenos de mi imaginación. Allí no había nada sobrenatural, el perro ladraba

por una causa desconocida que era necesario buscar... ¡Y la busqué y la encontré! ¡Mejor hubiera sido no encontrarla!

¡El perro miraba al espejo y ladraba a su imágen... y la imagen copiándole parecía lanzarse a su encuentro, saltar al vidrio, erizada y feroz! ¡Junto a ella, otra imagen, la de un hombre viejo, riendo trágicamente, revelando al mismo tiempo un horror tan formidable que me hizo romper en sollozos! Y el otro imitó el gesto... era yo... mismo!

Desde entonces estoy perdido, siento que estoy perdido... que he de ver algo... lo veré o lo oiré .. que ante mis sentidos ha de revelarse lo invisible... una cosa sobrenatural que me hará morir de terror.

\* \* \*

El pobre amigo no pudo continuar. Llegaron otros y en su presencia calló y así estuvo durante la velada despidiéndose y saliendo con los últimos.

Pocos días después, al entrar la familia de don Víctor en su casa de vuelta del Teatro, le encontraron muerto al pié de la escalera. El perro permanecía silencioso humildemente recostado sobre el pecho del cadáver, un cadáver en cuyo rostro no se había hecho la serenidad augusta de la muerte amiga. Sobre todo los ojos dilata-

dos y muy abiertos parecían fijos por la visión de un algo formidable. No pudieron cerrarlos.

\* \* \*

Los dos hermanos regresaban del entierro. Caminaban lentamente, en silencio, sabiéndose ocupados por el mismo pensamiento y sin decidirse a expresarlo.

Al fin, ya en el camino que sombrean los plátanos, el más joven como si en él perdurase el sentimiento infantil que le hiciera buscar el apoyo del más viejo, murmuró.

—¿Crées tu que viera algo?

—Lo creo, contestó el otro. Se ve todo lo que se quiere ver.

—No lo digas a nadie. Tengo miedo de ver.

—No temas... Yo he visto.

—¿Tú? ¿Has visto?

—Sí.

—¿Y que has visto?

—He visto a nuestra madre.

Los dos se detuvieron. El camino estaba solitario, la luz de la luna lo inundaba.

El más viejo siguió:

—¿Quieres verla?

—¡Oh, sí, quiero verla!

—La verás... mira.

Y la vieron.

---

La vieron en el camino solitario iluminado por la luz de la luna.

Iba delante deslizándose humilde y fugitiva sobre la calzada luminosa. Y era como la sombra que proyectara un ave gigantesca de vuelo silencioso y sereno sobre la superficie de un mar dormido.

Los dos hermanos estrechamente unidos la vieron alejarse. Y aquellos dos hombres que iban ya para viejos, parecieron retroceder a la infancia y con una voz lejana, la voz de los días del colegio, murmuraron:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

---

# VAGULA

# VÁGULA

---

## A CLAUDIO DE LA TORRE

¿Por qué, desde mi salida de la alcoba en la primera hora de la mañana, tuve aquélla fúnebre sensación de frío, soledad y miedo?

Era aquel, sin embargo, un día claro, de cielo profundo y azul, con los horizontes pintados de oro por el ardiente sol de Julio.

Sentíame sólo, tenía por vez primera la terrible evidencia de mi soledad pavorosa en el Universo indiferente y enorme: sentía frío, el frío del niño abandonado que a uno y a otro lado del camino encuentra las puertas cerradas y las almas hostiles: sentía miedo, el miedo infantil y deprimente que infunden el misterio, el abismo, la noche, la eternidad del tiempo, la infinitud del espacio...

No era aquella la primera vez que *La sombra* escogía para cernerse en los aires un día de pleno verano, de luz espléndida

y amorosa. Diríase que maliciosamente se empeñaba en manchar el paisaje, en proyectar la negrura de sus alas sobre la ciudad y el campo, apagando el brillo de las hojas, la blancura de las casas, el centelleo de los arroyos. .

Las horas de capilla del condenado a muerte nos infunden terror y compasión. Y no vemos que todos nosotros somos condenados a muerte, que entramos en capilla desde el punto mismo en que empezamos a vivir. No lo vemos, mientras somos jóvenes, mientras nos toca un papel activo en la gran comedia del amor, mientras los brazos de la mujer nos defienden contra el frío, la soledad y el miedo.

El viejo solamente puede apreciar el horror de esta inmensa hospedería de las generaciones. La estancia que fué nuestra, lujosa o mezquina, la que nos vió, embriagados por el divino licor del beso, soñar con la eternidad de la juventud, será luego de otros viajeros que la tendrán de buena fé por suya. Y después será de otros y luego de otros, indefinidamente, hasta que se rompa y deshaga en la playa la última oleada de la vida.

Y ningún viajero se marcha sin pagar la cuenta, hasta el último céntimo.

\*  
\*  
\*

Después de aquel día vinieron otros, indiferentes y monótonos y al cabo uno de aquellos días singulares, días blancos como una cámara nupcial, en que la luz serena y velada parece venir de todas partes, del cielo inmóvil, del mar silencioso y grave, de la tierra dormida... Se siente uno rodeado de invisible vida. Las horas pasan prolongando el ensueño... Entonces, tengo las extrañas sensaciones de que voy a hablaros, en cuanto pueda, y como pueda, porque son por desgracia, casi intraducibles.

Ellas tienen un carácter común, el de referirse a cosas de aquí, a escenas y paisajes de la Tierra, pero extraños por completo a mi presente vida. He querido muchas veces estudiarlas, analizarlas, siempre inutilmente, porque la verdadera sensación (no su reproducción laboriosa e inerte) es instantánea, rapidísima, precedida de un extraño desvanecimiento cerebral. En un instante indivisible, *veo, entiendo* que aquello es un fragmento de vida humana, la huella fugitiva de un pasado misterioso, anhelo prolongarlo... Mas la visión desaparece, unas veces de golpe, otras extinguiéndose borrándose lenta y lánguidamente...

Pudiera hablaros de muchas de estas visiones, si bien de un modo incompleto, laborioso y poco inteligible. Por ello, prefiero limitarme a las dos que ofrecen una relati-

va claridad y respecto a las cuales se puede intentar una descripción, aunque torpe y superficial.

Ellas me acompañan desde la primera juventud, pero sólo después de viejo me he aplicado a reproducirlas y a deleitarme con ellas.

\*  
\* \*

Desde niño, la luz anaranjada del sol poniente sobre la blanca superficie de un muro, despertaba en mí la atención de un modo extraño. Era como el fondo de un cuadro sin figuras, la decoración vacía de personajes, de una escena por mí conocida desde un tiempo muy remoto. Aquella mancha de oro sobre un muro blanco, hablaba a mi espíritu distraído, le interrogaba dulcemente con un—Te acuerdas? sonriente y tímido.

Lentamente, la imagen se ha ido definiendo, pero guardando siempre una suerte de vaguedad melancólica.

...Ahora veo un puerto lejano, iluminado por la luz dorada, serena e inmóvil del sol poniente. Es un crepúsculo que se prolonga, como si nunca hubiera de acabar. Las casas, bajas, cuadradas, de aspecto exótico, sin puertas ni ventanas, brillan a lo lejos, en la línea del horizonte, con aque-

lla misteriosa, quieta y dorada luz, de extraña permanencia.

A esto se reduce la visión. En vano he intentado continuarla, *llegar* al puerto, hallar el desembarcadero, acariciar los muros caldeados por la lumbre dorada del sol poniente, *ir más allá*, en busca del horizonte de aquel país de ensueño... Sin duda en el subconsciente quedó grabado *tan sólo* aquel momento de mi remota acción, la imagen de aquel puerto, visto no sé dónde ni cuando, a la luz melancólica y lenta de una tarde, desvanecida, disuelta para siempre en la lejanía formidable del tiempo.

...La otra visión es más intensa, más profunda y aunque brevísima e indescifrable, me parece más humana y más dramática. Surje de improviso, embargando el espíritu con una sensación deliciosa de alegría, de luz intensa, de alborozo juvenil.

Es un patio no muy grande, rodeado de galerías, rebosando de flores, de plantas altísimas que llegan hasta los balcones del único piso. Arriba un cielo azul, muy azul y muy alegre; recorrido por un aire vivo y fresco, dando la impresión de una primavera que comienza.

En una de las galerías del patio estoy yo con *otro*, un ser impreciso y vago, del cual no sé absolutamente nada, aunque tengo la seguridad de que se halla junto a mí,

impresionándome oscura y medrosamente.

En uno de los balcones unas mujeres, grupo indistinto y tembloroso, agitan los brazos locamente, como si nos llamaran o nos despidieran.—Y la visión desaparece de golpe, como si el soplo de un gigante apagara brutalmente el sol de aquel mediodía de primavera. .

\*  
\* \*

Si vosotros tuvieráis *recuerdos* parecidos, qué argumento en favor de una explicación egoísta y consoladora!

...El espíritu es un mar tenebroso de imprecisas orillas, en el que flotan imágenes, recuerdos, ideas, el tesoro de las lentas adquisiciones hechas desde su advenimiento como tal espíritu a la vida universal. La conciencia es un aduanero vigilante que, provisto de una linterna, se pasea a lo largo de la ribera. De cuando en cuando, una silueta vaga, un paisaje borroso, un grupo de figuras, un fragmento de acción, surgen rápida o lentamente del fondo sombrío, se acercan a la orilla, entran en el círculo de luz de la linterna y entonces la conciencia percibe aquellos fantasmas del pasado incógnito, huella que dejaron las horas doradas o negras, sedimento de la alegría o del dolor humanos.

Tal vez en otro momento de la eterna sucesión, en otro lugar del espacio infinito, un recuerdo de mi presente vida, tímido y sonriente, llamará a las puertas de mi alma... rincones de la vieja casa donde nací, la sombra de un embeleso en un patio empedrado, el hálito de los jazmines en la hora apacible del anochecer, la caricia de la luna en el viejo corredor, el golpear solemne del mar en la playa desierta, la voz apasionada y desgarradora del violín, cantando la música de Beethoven en el silencio de la ciudad dormida...

---

# CÓMICOS EN LAS PALMAS

# CÓMICOS EN LAS PALMAS

---

## A NESTOR DE LA TORRE

Por primera vez dejamos las nebulosidades de la ficción por el sólido terreno de la historia. ¡La del Teatro en Las Palmas! He aquí un asunto de interés para los jóvenes y de especial deleite para los viejos, para los que, de niños, frecuentaron el *Teatro viejo* y asistieron a los triunfos de Isidora Segura, de Conti, de la Celimendi y a las procelosas rivalidades de la Tili y la Gordossa. Quédese para otra época de más vagar la magna empresa. Por ahora nos limitamos a compendiar las escasas e incompletas noticias que se conservan respecto a la primera compañía de cómicos que llegó a estas tierras y regocijó a nuestros abuelos con el repertorio de la época.

\*  
\* \*

Las fuentes históricas, — dicho sea con perdón de la historia seria y de las fuentes más o menos caudalosas, de que nos hablan los

historiadores graves,—las fuentes históricas de que disponemos para aclarar este acontecimiento, están representadas por una no pequeña colección de anuncios impresos con caracteres redondos y de algo más que de mediano tamaño, en papel hoy amarilloso y que una mano de mujer unió con hilo y aguja y anotó al dorso con observaciones que en nada ceden a las modernas revistas de nuestros críticos de profesión (1).

En aquellos días del año 1834 a que nos referimos, no existían ni prensa, ni periodistas, ni butacas de regalo, ni siquiera butacas. Sin aquella mujer, que queremos imaginar joven y guapa, sin aquellas anotaciones en que palpita el entusiasmo por el arte y la admiración por los actores, la primera temporada de comediantes en Las Palmas fuera hoy un hecho fabuloso y la gran impresión que produjo tendríase como exageraciones de los pocos viejos que hoy la recuerdan, empeñados en encontrar siempre, mejores que los presentes, los tiempos, los artistas y las comedias de los días aquellos de la juventud.

\*  
\* \*  
\*

Ya conocen, pues, nuestros lectores las

(1). Colección de anuncios teatrales existente en la Biblioteca Canaria de D. Agustín Millares. (Documentos artísticos, y literarios)

fuentes irrecusables en que aprendimos lo que sabrán si siguen leyendo, el año en que tuvo lugar el feliz suceso y hasta las señas personales —mujer, joven y bonita,— de la que coleccionó y anotó las noticias.

Debió ser allá por el mes de Agosto, tal vez en el de Julio,—pues hay anuncio con fecha seis de Agosto que indudablemente no lo es de la primera función,—cuando un día el *Místico Buen Mozo* que hacía el servicio de correo entre Cádiz y las Canarias, descargó buen golpe de gente extraña al país, parlanchina y gesticulante, ellos melencólicos, pintadas de blanco y rojo ellas, revolviendo con su charla y con sus gestos la tortuosa calle de Triana. Sin duda ante nuestros abuelos surgió aquella turba con la propia apariencia desemejada y temerosa con que los compañeros de Colón entraron por los ojos de los salvajes de San Salvador.

Pero, dejando aparte estas consideraciones que no revisten los caracteres de la verdad histórica, debemos añadir que lo único positivo que sabemos respecto a la llegada es que no pagaron completamente el flete al patrón del *Buen Mozo* como resulta de un anuncio en que se expresa que el producto de la función se destinaba al pago de los citados derechos.

Imposible resistir al deseo de copiar aquel documento curioso por varios concep-

tos, pues dá clara idea de los gustos dramáticos de la época, del fin ya expresado de la función y del grandísimo apuro en que todos andaban metidos a juzgar por las promesas de eterno agradecimiento con que emplazaban a los concurrentes.

Allá vá:

## TEATRO

Función extraordinaria que dá la Compañía Cómica el domingo 10 de Septiembre en Beneficio de la deuda contraída con los dueños del «Místico Buen-Mozo» la que será dividida en los términos siguientes. (La función, que no la deuda.)

Después de una armoniosa sinfonía, dará principio la hermosa comedia en tres actos titulada

### El grande emperador José II en Salzbourg ó sea la Huerfanita.

Esta interesantísima comedia en prosa, ha merecido justamente la mayor aceptación en todos los principales teatros de la Península por su hermoso language, sus graciosas escenas, y en fin, por ser verdaderamente una de las mejores composiciones de nuestro Teatro Español. En ella las señoras Carmita y Josefita que ejecutan pape-

les de dos jóvenes militares, harán algunas evoluciones de fusil al golpe de caja.

Concluida habrá un intermedio de baile. Y dará fin el divertidísimo saynete nuevo titulado

### **El hombre sensato ó los chiquillos de la escuela.**

En el que todas las mujeres de la Compañía harán los papeles de los muchachos estudiantes.

Amados habitantes de Canarias: No duda la Compañía ni un solo momento que concurriendo á esta función tan hermosa, contribuiréis á sacarla del empeño en que se halla, á cuyo favor vivirá eternamente reconocida y no cesará en cualquier punto donde se halle, de bendecir á Canarias.

#### **A las S en punto.**

No se sabe si los humildes artistas cumplieron su honrado propósito, ni si el público se hizo acreedor a las bendiciones prometidas, pero es probable que así aconteciera porque a vivir nosotros en aquella época, no hubiéramos perdido ocasión tan barata y propicia de admirar los altos muros almenados de Salzburgo, la figura histórica del gran Emperador José y sobre todo los ejercicios militares de la Carmen y la

Josefa practicados a golpe de caja. Además, lógicamente pensando, es de creer que mucha y buena parte de los beneficios de que hoy disfrutan las Canarias en los órdenes político, administrativo y social y hasta el nacimiento de la literatura regionalista, sean debidos a las bendiciones de aquella gente agradecida.

¡Figúrense ustedes al grande Emperador José II con los brazos extendidos al cielo e implorando todá clase de bienes para los canarios!

No hay cielo que se niegue.

\* \* \*

Otra razón para creer que el público acudiera aquella noche al llamamiento, es lo moderado de los precios que trasladamos a las modernas empresas, ninguna de las cuales ha sacado a la escena al Emperador José ni a otras figuras y otras cosas de gran respeto que más tarde se señalarán.

En las primeras representaciones la entrada costaba una fisca, la luneta medio tostón, los palcos de frente un duro y los de los lados un peso.

Algo debió rechiflarse el público respecto al precio de los palcos y a la capacidad con que figuraban, porque a las pocas noches aparece modificado su precio en los

anuncios. Ya no se venden completos; véndense por asientos y estos valen en los del centro dos reales plata, y en los de lado medio tostón.

Conducta digna de imitarse por las modernas empresas la de aquel incomparable *Pazo*, primer empresario de cómicos en esta tierra canaria.

\* \* \*

Porque tal era el nombre del atrevido histrión que con numerosa compañía y alentado por la fé en su genio y en su cargamento intelectual, metióse un día en el místico *Buen Mozo* y dejando atrás la tierra gaditana, enderezó la proa y el deseo a la conquista y explotación cómico-dramática del archipiélago afortunado.

La empresa no resulta menos atrevida que la de Colón, y por así juzgarlo nosotros, copiamos a continuación la lista ya olvidada de aquellos héroes que al dorso de uno de los anuncios consérvase copiada por la propia mano de la muchacha coleccionista, mano que por ser suya, nos complacemos en imaginarla pequeñísima y blanca.

#### LISTA DE LA COMPAÑIA COMICA

*Primer galán:* Don Juan Rodenas.

*Primera dama:* Doña Gerónima Espinosa.

*Galán:* Don Juan Goya.

*Primera graciosa:* Doña Angustias Gonsales.  
*Primer barba:* Don Bicente Torre y Tagle.  
*Primer gracioso:* Don Juan Lazo.—Ympresario.  
*Segundo galán:* Don Ramón Domingues marido de doña Tomasa López.  
*Tercer galán:* Don Juan Perez.  
*El primer apuntador:* Sicilio Gonzalez  
*Primer bailarín:* Don Cayetano Valenciano.  
*Segundo bailarín:* Don Francisco Coya.  
*Segunda dama:* Doña Margarita García.  
*Segundo apuntador:* Don Antonio Tinoco.  
*Guarda ropa:* Antonio Coya.

FIN

\*  
\* \*

Las fuentes históricas en las cuales bebemos, nada dicen de la construcción del teatro, y no queriendo pasar por encima de tan importante asunto, reunimos aquí, los pocos datos que la tradición ha traído hasta nosotros.

Estaba situado en la casa que todavía hoy puede verse formando la esquina de la calle de Colón y la placetilla de San Antonio Abad. Hoy está dividida en dos; pero en aquellos tiempos era un solo edificio, con patio de grandes dimensiones y espaciosa galerías en el primer piso. Entrábase, no por el postigo, sino por la puerta que se abre a la derecha en el zaguán dando acceso a un salón donde se vendían los billetes

de entrada. El escenario se levantaba frente al postigo en el fondo del patio. Es de suponer que las lunetas fuesen bancos con arreglo al modelo que conocimos en el teatro de Cairasco, o sillas de paja que eran las más usadas entonces en el país, y que los palcos estaban en las galerías central y laterales según claramente se indica en la tarifa de precios.

Nada se sabe respecto a si la compañía trajo decoraciones o si aquí se pintaron las fortalezas de Salzburgo, aunque esto último parece lo más probable. Lo único positivo es que toda la maquinaria teatral fué construida por obreros del país bajo la dirección de nuestro abuelo materno D. Juan Cubas, hombre ingeniosísimo y guasón que se moría de risa cuando contaba a sus nietos como había pintado la decoración de selva oscura, con cardenillo, tierra colorada y una escoba vieja.

Mejor andaba el elemento musical que desde entonces hasta la fecha amenizaba los entreactos. Había entonces capilla de música en la Catedral que dirigía nuestro bisabuelo el organista mayor D. Cristóbal Millares, y aunque él no consintió en rebajar su alta dignidad poniéndola al servicio de los pobres cómicos, permitió a los muchachos, que nada tenían que perder, que *tocasen en el teatro*. Dirigía la pequeña orquesta don

Gregorio Millares, nuestro abuelo, violoncelista de la capilla y hombre enamorado de la música, y bajo su batuta se agrupaban el Sr. Fariás, flautista, Cristobalito Millares, que alternaba la guitarra con la viola, Rafaelito Tejera, con el clarinete, el Sr. de la Torre con el contrabajo y algunos otros que no conocemos.

Los anuncios no indican las piezas musicales que ellos ejecutaban: limitábanse a calificarlas de *agradables, buenas, escogidas y armoniosas* sinfonías; pero en este punto como en otros, sálvanos la mano blanca y pequeña de la muchacha coleccionadora que entre renglones escribía las siguientes notas:

*Canción: Yo vi al morir...— Canción: Bañan lágrimas...— Valcé 2.º. — Canción: De guerreros ilustres...— Canción de Riego.— Variaciones —Canción: De la trompa guerrera...—Canción de la Oda bella.— Tema.— Adagio... Divertimento.*

Nada de esto ha llegado hasta nosotros excepto la *Canción de Riego*.

Nuestro padre, que entonces era un chico de ocho años y que *se colaba* todas las noches con el pretexto de llevar el violoncelo, contaba que en las noches de *himno*, los músicos poseídos de la sacra llama de la libertad, rompían las cuerdas de sus instru-

mentos mientras el público todo coreaba la canción de Riego.

\* \* \*

Y llegamos al repertorio.

Doña Margarita García, —o Malgarita según nuestra ilustre coleccionista, —en la noche de su beneficio dedicado al *ilustre y benigno* público canario, — que desde entonces fué así motejado por todas las beneficiadas, — anuncia la gran comedia moderna en cuatro actos, cuyo título es: *Los Viajes del Emperador Leopoldo á las Herrerías de Marmemma*. Y van dos emperadores! En la misma noche terminaba *tan excelente función con la graciosa pieza también moderna titulada La vieja y los dos calaveras*, después de bailarse por primera vez en esta ciudad por la beneficiada *las boleras de la Marica á cuatro*.

D. Antonio Tinoco que dedica su beneficio a los *amantes de la poesía dramática*, les espeta la siguiente invectiva que merece publicarse:

¿Qué indica esta anunciación?

Gran función .

¿Según eso es muy preciosa?

Hermosa.

¿Porqué parados estamos?

Vamos!

Ea, Canarios, corramos  
esta noche al Coliseo  
que nos predice el deseo

Gran función=Hermosa=Vamos.

Suponemos que los canarios no seguirían parados y que se dirigirían al Coliseo donde aquella noche se representó una pieza titulada: *Un paseo á Bedlam ó la reconciliación por la locura.*

Otra noche... «para finalizar tan brillante función se pondrá en escena un pasatiempo que una imaginación viva ha puesto en escena para ridiculizar la reunión de los Emigrados en Portugal, cuando se figuraron poder invadir nuestra Nación para entronizar el Despotismo; cuyo título es: *Los carlistas en Portugal destrozados por las tropas de Isabel II.*» En este pasatiempo salían a escena el cura Merino, el doctor Abarca, Cuevillas, el general Moreno y un capitán de Isabel II.

Otro drama se titula: *La inocencia y la intriga ó sea el Robo*; otro, *Las monjas de Cambray y Duque de Pentiebre*; otro, *La Suiza libre por Guillermo Tell*; otro, *La Horfandad abandonada en la guerra y sus estragos ó el carpintero de Livonia*; otra, *Sepultarse entre sus ruinas por sostener su independencia y libertad ó sea Numancia destruida.*

¿Para qué citar otros? Sería necesario copiar todos los anuncios; pero sí conviene

decir, en desagravio del cargamento cómico dramático de D. Juan Paso, que junto a estos títulos que en nada ceden al Gran Cerco de Viena, se hallan otros como *A Madrid me vuelvo*, *El café*, *El barón de Illescas* y *Hacerse amar con peluca*, con los cuales sonaron quizá por vez primera en Las Palmas los nombres gloriosos de Bretón de los Herberos, Moratín y Ventura de la Vega.

Por último, merece especial mención una que el cartel califica de *famosa pieza nueva* titulada: *El tío Pedro medianero de Telde en la ciudad de Las Palmas*, de la cual añade:

«El fin moral de esta comedia es harto manifiesto: y en cuanto al artificio de ella, las situaciones, episodios y otros requisitos, nada hay que decir puesto que el público debe juzgarla y no es conveniente anticipar en tales casos los elogios. Baste solo advertir que esta obra es de las más favorables para esperar de ella todo el efecto que es capaz de producir.»

Lo cual demuestra entre otras cosas, que también por aquel tiempo había ingenios regionalistas y moral en el camino viejo que unía a Telde con Las Palmas.

Aquella misma noche, y sin duda en honor del genio canario cuyo nombre no ha conservado el cartel, ni la fina escritura de la muchacha coleccionista, ni siquiera la

tradición, cantóse por los señores músicos el Himno a Isabel Segunda y a la Libertad, acompañado por guitarra por D. Cristóbal Millares.

¡Felices tiempos!

# EL TIGRE DE BENGALA

# EL TIGRE DE BENGALA

## RETRATO VIEJO

---

A CARLOS HERNÁNDEZ FONT

Pocas son las personas que hoy se acuerdan de Antonico Carreño, el de la Portadilla, a quien toda la población conocía por *el tigre de Bengala*.

Este apodo o *nombrete* zoológico lo debió Antonico a cierto poeta isleño autor de una fábula, según la que tres animales, la Nigua, el Lechuzo y el tigre de Bengala, se asociaron una vez para desplumar al incauto palomo (el deudor insolvente)

De la Nigua y del Lechuzo conservamos escaso recuerdo, pero al tigre de Bengala sí que nos parece estarlo viendo, con su faz cetrina y perruna, patinada por el sol cubano, cruzada por el ancho bigote blanco amarilloso, su dentadura de riguroso luto, su jipijapa mugriento y la ropa de hilo crudo que llevaba en todas las estaciones. (Nunca usó corbata). Y nos parece oír su voz ronca y perezosa y la cantinela tropical de sus frases que en los pasajes enfáticos,

subía de tono poco a poco, hasta acabar en notas interrogativas y dengosas.

Vivía, desde mucho antes del cólera, en la portadilla de los Reyes, con su hermana Lucita, la partera, más vieja que él.

Le amanecía en la Recoba donde el mismo, cesto en mano, hacía la compra, entreverando los contratos con los sabrosos dimes y diretes de las verduleras. Después de almorzar, visitaba infaliblemente la barbería del maestro Nicolás, frente al Pilar Viejo, donde cambiaba con el maestro o con alguno de los escasos parroquianos, lentas y sesudas consideraciones acerca de la cría y fomento de los pájaros canarios.

Luego *recalaba* por las escribanías del Juzgado, que aun siendo antros infectos en aquella época lejana, no hubiera cambiado él por el paraíso coránico. La charla con Procuradores, litigantes y testigos, era para nuestro viejo amigo bocado tan sabroso como un muslo de antílope para su felino compadre. Valiase de su amistad con uno de los Escribanos para leer *de gorra* «El Omnibus», periódico que se publicaba entonces dos veces a la semana... Solía quedarse dormido, con el apestoso virginio colgante del labio inferior.

Por las tardes, después de comer, iba de paseo al muelle o a los callejones, acompa-

do casi siempre de su cofrades en el Santo oficio, la Nigua y el Lechuzo.

Al toque de oraciones era punto fijo en la tabaquería «La flor de Cuba» que estaba entonces en la esquina de Cotardo Antonico y el dueño de la tabaquería, don Juan Santiago Calixto, se habían conocido en Santa Clara.

A la salida del Colegio, a las ocho, nosotros, asistidos de algún otro calificado *mataperro*, solíamos emboscarnos en el zaguán de enfrense, saturado de úrico perfume, y desde allí disparar garbanzos con una especie de serbatana, con el malvado intento de romper el tubo del quinqué. Una noche acertamos a dar en el blanco; pero el bueno de don Juan atribuyó la raja del vidrio a un *aire malo* y el *tigre* añadió la reflexión de rigor en tales casos —Gracias que le dió al tubo. Si me llega a dar a mí...

Al toque de ánimas, don Juan Santiago atrancada la puerta de la accesoria y ambos amigos se despedían con un gangoso —*Ha buena noche, compadre*. Después se iban a la cama.

Antonico que, según la gente afirmaba, *no se hubiera dejado ahorcar por veinte mil pesos*, comía potajes y caldos verdes toda la semana y puchero muy pocas veces al año. Nunca tuvo más que dos trajes de hilo crudo, uno en el cuerpo y otro planchado en la

cómoda; se afeitaba y mudaba de camisa todos los domingos, antes de la misa de doce, escribía sus cuentas en papel *bazo*, se jactaba de no haberse bañado nunca, con esta salvedad— Si es que mi madre no me bañó alguna vez cuando *guayete*... Y es histórico, tan histórico como la batalla de las Navas de Tolosa, que un cierto día de San Antonio, obsequió a la criadilla que le traía un regalo, con una rebanada de pan untada en la yema de un huevo frito.

Muchas veces nos preguntamos—El tigre de Bengala, ¿es bueno o es malo? Aun no lo sabemos. Es verdad que nunca le dió dos cuartos a un pobre, que *ejecutaba* sin compasión a sus deudores y que tenía sobre su conciencia (leve peso) la consumación de algunos retors; pero si podía prestar un servicio que no tocase a la jurisdicción del bolsillo, lo prestaba y además era aficionadísimo a dar consejos, sobre todo en lo concerniente a la compra de fincas y colocación de *riales*. Además—extraño contrasentido en un hombre tan egoísta,—era insustituible en la molesta tarea de asistir y de velar a los enfermos. Si morían, los amortajaba con sus manos y se despedía de ellos al pié del nicho, sin perjuicio, si era deudor moroso el fallecido, de entablar a los ocho días la oportuna ejecución contra los herederos y *causahabientes*.

Pero lo más característico en el tigre de Bengala, el fundamento más sólido de su popularidad, era su léxico, un léxico restringido como el de ciertos prosistas eminentes, pero esmaltado de frases que brillaban en el discurso como joyas inestimables.

Nosotros fuimos coleccionistas de ellas, y nos ocurre ofrecer las que siguen, como final y complemento de este humilde retrato.

En cierta ocasión, dirigiéndose a un infeliz deudor que no podía pagarle intereses, le decía:

—Mi amigo, yo no puedo tener mi dinero *inmortalizado* (amortizado).

Hablando de cierta familia isleña en la que eran tradicionales la devoción a los pleitos y la guerra civil con motivo de herencias y particiones, afirmaba el de Bengala.

—En esa familia ha habido siempre luchas *intestinales*.

Otra vez le preguntamos:—Conoció usted, don Antonio, al General Marrón?

—Nunca llegué a *intimidar* con él.

Cuando murió el maestro Ceferino, un herrero muy conocido y muy popular en Andux, decía Antonio:

—Se murió de una pulmonía triple.

—Y porqué dice que fué triple, don Antonio?

—Porqué le repitió tres *vez*.

En otra ocasión, tratándose de un deudor recalcitrante, que vivía en un pueblo del interior, exclamaba el Tigre, enseñándonos una carta.

—Aquí dentro le mando a ese *baladrón* el *último ato* (el ultimatum).

Fingimos no entenderle, cosa que a él le molestaba grandemente.

—Como dice, don Antonio?

—El *último ato*, jinojo!!



# EL PAJECILLO NEGRO

# EL PAJECILLO NEGRO

---

A JUAN MILLARES CARLO

Erase una vez una niña que se llamaba Faustina como tú, y era pobre, muy pobrecita, y por serlo tanto sus padres fueron a vivir en una casa que nadie se atrevía a habitar por temor al maleficio. Era una casa grande como un castillo, vieja como una torre mora, las maderas del piso crujían, las puertas no cerraban, las ventanas no tenían cristales, los techos agrietados permitían ver las estrellas. Un jardín inmenso la rodeaba y en él había fuentes de mármol profundas con agua verdosa y zarzas que invadían los muros y árboles que sacaban del suelo raíces como serpientes negras, y estatuas de diosas quebradas en pedazos y durmiendo sobre el césped...

Fué la noche de la verbena de San Juan. Faustina estaba sola en el jardín sentada en un banco frente a un seto de albahacas—era como un muro formidable y allí venían por el día a libar las avispas... y de noche dormían los pájaros. Sobre los mon-

tes brillaban las hogueras y sobre su resplandor se destacaban siluetas de gentes que bailaban en ronda, sonaban en la lejanía los caracoles marinos, repicaban en el valle la campana de la ermita y todo esto era tan sutil y lejano que voces y reflejos luminosos parecían cosas de ensueño. Y entonces se oyeron voces humanas, voces de mujeres que parecían hablar, invisibles en la sombra como si estuviesen muy cerca y separadas por una muralla. Y una decía: a media noche — y otra: ¿sentirá miedo? — y la de antes: ya llega... ya llega — y la otra: ¿sabrá escoger? — y otra más tarde, voz de niña como una campanita de cristal: — ¡Prepárate, hermana! Y Faustina tuvo miedo y quiso huir y gritar y no pudo. — Prepárate, hermana.

De pronto sintió la presencia de alguien todavía oculto, todo el seto parecía agitado por un enjambre de abejas, por un hálito de vida invisible que estrujaba blandamente las hojas y las flores arrancándoles un perfume violento que flotaba como un vapor adormeciendo los sentidos. Las albahacas se deshacían en aromas, desfallecidas de amor. — Y en tal punto, sobre el seto vivo, apareció el busto de un pajecillo en cuyo rostro negro como la noche, se dilataban los círculos blancos de unos ojos humildes y los dientes descubiertos por una son-

risa que dilataba los labios con crispaciones que parecían de dolor y de alegría y que eran de ansiedad y de esperanza. Sus brazos se desprendieron de la masa verde y sobre ella tendieron la oferta mágica de dos cestas rebosantes una de frutas espléndidas, otra de rosas blancas, y Faustina sin vacilar tendió sus manecillas hacia las rosas y al llevarlas al rostro quedó como dormida por su perfume. Cuando despertó, el pajecillo negro había desaparecido, y entre sus manos, sobre su pecho como sobre el cadáver de una niña, un montón de rosas de oro y piedras preciosas reflejaban con un hervor palpitante, la luz de las estrellas.

Y Faustina fué rica y adorada y los galanes se disputaban sus sonrisas y sus miradas y el hijo del Rey pidióla por esposa. Cada noche acudía al jardín y junto al seto oloroso de las albahacas esperaba la hora de la evocación y cada noche los ojos del pajecillo negro se hacían más humildes y más trágica la mueca de su boca. Una noche faltó a la cita... era noche de saíao en el palacio del Príncipe... después muchas otras... muchas .. el mundo daba vueltas... y volvió la noche de San Juan y otra vez clamaron roncós los caracoles bajo la bóveda del bosque y ardieron las hogueras sobre los montes y vibró en el fondo del valle la nota argentina de la campana de la ermita. Fausti-

na, desde el balcón miraba las estrellas, sentía lágrimas de amor en los ojos y pensaba en su príncipe, y de pronto como el hábito de un espíritu inmenso surgió del jardín encantado todo el perfume de las albahacas. Y ella supo que era él, el pobre pajecillo negro el que la llamaba desesperadamente y creyó verle tumbado en el suelo como las estatuas rotas del parque. Y en aquel punto supo cosas que no había sabido y sintió el grito de dolor inmenso que lanzan todos los seres humildes y pequeños que aplastamos al caminar sin saber su existencia.

Y ella corrió rompiendo sus vestiduras, arrojando sus galas, y así llegó otra vez casi desnuda, temblando de frío y remordimiento, al pie del seto vivo de albahacas y allí de rodillas con gritos de dolor que ahuyentaron a los pájaros enloquecidos, sintiendo vibrar en su alma la energía formidable que enjendra el milagro clamaba: ¡Pajecito negro no me abandones! pajecito negro el de los ojos humildes y resignados, mírame! ¡pajecito negro el de la sonrisa dolorosa, háblame! ¡Pajecillo negro, el del corazón misericordioso, perdóname! ¡Despierta! Te llamo, te evoco con todas las fuerzas de mi alma! ¡Resucita si has muerto porque solo a tí amo!—Y a este grito las ramas de los viejos árboles del parque se agitaron triunfantes, y las flores lanzaron todos sus perfu-

mes al aire y en las fuentes mudas corrieron las aguas clamorosas y rompióse el muro de albahaca y apareció en la brecha un príncipe de rostro blanco, de rubia cabellera, que gritó abrazando a la niña: tu amor ha roto el hechizo que ennegrecía mi cuerpo... Soy el Príncipe encantado!

(Fragmento entresacado de la comedia dramática, inédita, «La Fosérilla»).

# TANTALILLO

# TANTALILLO

---

A ANTONIO MELIAN

Aun no eran las dos de la mañana, cuando Perico, a la salida del túnel, descubrió a lo lejos, brillando en la noche negra, las luces de la Ciudad.

Iba delante el chico, llevando la yegua del roncal, después otra caballería y detrás, cerrando el grupo, la burra marchaba lentamente, retardada por el peso del tío Marrero, que dormitaba con los brazos cruzados sobre el pecho, y las piernas balanceándose a uno y otro lado, como las pesas de un reloj.

Habían salido de Valsequillo a prima noche, para llevar fruta al mercado de la Ciudad.

Absorto en la idea fija, el muchacho había recorrido a pié el interminable camino, sin darse cuenta de ello. Los árboles, retorcidos por la brisa áspera del invierno, los ceñudos riscos, llenos de sombra adusta, las casas mudas y cerradas, venían a su encuentro lentamente y atrás quedaban, sin que

ninguna de aquellas formas, idealizada por el misterio de la noche, lograra penetrar en el recinto de su ensueño. La imagen sensual, reproducida con tenacidad casi enfermiza, llenaba su estrecho cerebro de bruto. Y su mano calentaba en el bolsillo del pantalón las monedas, las tres pesetas ahorradas cuarto a cuarto, lejos de las miradas vigilantes de su madre.

Cuando penetraron en la Ciudad y los cascós de las caballerías resonaron en el recinto angosto de las calles, entre las casas dormidas, tío Marrero despertó gruñendo y encendió un cigarro. Iban a llegar. Descargadas las bestias, el viejo descabezaría otro sueño debajo del tinglado y entonces... El hecho se precisaba, el chico veía todos los detalles de la acción, con la claridad febril del visionario. Aquel muchacho que corría recatándose en la sombra de las casas, apagando el ruido de los zapatos claveteados, era él, Perico el de Sebastiana. Suya era la mano que golpeaba en la cerrada puerta de la casa terrera, sucia y destartalada. Suya la voz temblorosa que pedía licencia para entrar. Lo demás era lo desconocido, el misterio, una serie de imágenes imprecisas, delirantes, acompañadas de una sensación de angustia deliciosa.

La puerta se abrió y acogido por una

voz áspera y alcohólica, Perico penetró en la obscuridad cálida y maloliente de la casucha.

Pocos minutos después, un estrépito formidable estalló en la callejuela. Patadas, berridos, imprecaciones, puñetazos en la puerta, llamadas y respuestas gritadas a voz en cuello, en una lengua ruda y gutural.

La mujer aquella, una morenita frágil y ojerosa, exclamaba, empujando a Perico, pálida de susto:

—Corra, cristiano, que lo matan!

La casa temblaba, sacudida por la ruda invasión de los marinos. Oíase el estampido de los muebles volcados, el estrépito seco y agudo de la vajilla hecha pedazos, las broncas exclamaciones, las risas bestiales, el chillido angustioso de las mujeres atropelladas.

Enormes pisadas estremecieron la frágil escalera y una patada de paquidermo conmovió la puerta.

—Salte por la ventana, cristiano, que lo matan, gemía la muchacha.

La puerta vino al suelo, destrozada, y en el umbral apareció un marinero de guerra, un coloso, espléndido bruto en toda la fuerza de la edad, ancho, cuadrado, velludo, los bigotes erizados y feroces, la mirada azul caldeada por la llama siniestra del alcohol.

Extendió la zarpa y agarró a la chica, destrozándole el saco. Gritar ella con espanto y sacar Perico el cuchillo canario, fué todo uno. El impulso salvaje de matar estalló en su alma, como un volcán... Abrirle la barriga, echarle las tripas afuera... El muchacho, creciéndose, se disponía a arremeter... Pero el marino había visto el arma y dando un paso atrás, extendió el brazo. Retumbó el disparo. La bala se clavó entre los dos ojos.

Perico dió un salto, se llevó las manos a la cara, y lanzó un grito horrible de agonía.

—Ay mi madre de mi alma!

Todo su coraje desapareció, de golpe. Una impresión de miedo, abrumadora, absoluta, se apoderó de su alma de niño. El primer impulso del instinto fué correr, huir del sitio en que le habían castigado. Sin saber como, encontróse en la calle, tropezando como un borracho, gimiendo, llenando las tinieblas con su clamor desesperado.

—Ay mi madre! Ay mis ojitos de mi alma!

El instinto le llevaba a la orilla del mar, en busca de agua que refrescase la horrible quemadura de sus ojos. Atravesó uno de los callejones próximos al Mercado y llegó a la playa. Pero no pudo alcanzar la orilla. Cayó sobre los guijarros, retorciéndose como un insecto mutilado.

Su agonía fué larga, en la sombra fría y cruel de la noche, que parecía adrede retardar el paso. Al principio gemía, clamaba con acento desgarrador, llamando a su madre, pidiendo por caridad un *gotito* de agua; pero el final fué tranquilo, casi dulce, a tiempo que rayaba la luz primera en el horizonte del mar. Un hilo de voz infantil y ténue lloraba en su garganta y había en aquel llanto el desconsuelo inmenso de los que se marchan, sin haber juntado sus labios con la copa de la vida.

---

# BLATTA ORIENTALIS

# BLATTA ORIENTALIS

---

---

## A "JORDÉ"

Severita, única hija de D. Juan Nepomuceno Torondón, fué desgraciada en su matrimonio. Y no porque su marido Cirilo, el popular Cirilito a quién todo el mundo en la ciudad conocía por «Padrino» fuese un mal hombre. No, mal hombre no era, pero sí la criatura más vulgar y más ramplona que pueda imaginarse, un cuarentón barrigudo, tosco, morenote, peludo, tan devoto de las peleas de gallos como hostil al contacto del agua y del jabón.

Al año de la boda, marido y mujer vivían como extraños y apenas cambiaban media docena de palabras al día. Y como no tenían hijos y los padres de Severa habían muerto, la pobre muchacha se encontraba tan sola como un beduino perdido en la inmensidad del Sahara y por ello, por verla tan solita y desamparada, todos los seductores de aquella época ya lejana, la emprendieron con ella, haciéndola objeto de un asedio tan fastidioso como ineficaz. Todos tuvieron que marcharse como habían veni-

do, libres mal de su grado de pecado adúlterino, y además volviéndose locos, devanándose los sesos para descubrir la causa de las abstenciones de Severita. ¿Sería frialdad, sería virtud?

Ni una cosa ni otra. La mujer de «Padriño» no era fría, ni virtuosa. Era lo que mucho después se llamó una neurótica. Padecía lo que solo de un modo aproximado pudiera definirse como invencible odio a las manifestaciones de la vida fisiológica de los demás.

Por ejemplo, Severita no podía tolerar el antipático calor que a los asientos comunica la humana estufa, ni la vista de un diente cariado, ni el que vive de un aliento impuro. El breve disparo de una escupitina, el odioso gorgoteo de un erupto, la ponían siempre a punto de arrojar.

Sabido ésto, ya podéis figuraros que suplicio no sería para la pobre niña el santo matrimonio en general y en especial el matrimonio con «Padriño». Más de una vez, al despertar a media noche y al ver a Cirilito dormido, soltando por la fétida boca ronquidos y babas, le acometía la tentación de imitar a Clara Méndez, a la famosa lavandera de los Barrancos, que, por rabia de oír roncar a su marido, estando ella desvelada, le despertó o si se quiere, le durmió de veras con una buena pedrada en la cabeza. Ello

sucedió a fines del siglo XVIII. Clara Méndez fué ajusticiada frente a la ermita de San Telmo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, si la neurosis la inducía a odiar el santo matrimonio, en cambio la apartaba del adulterio. Porque Severita, naturalmente, no encontraba hombre con quien pecar. Y no es que fuesen feos y puercos todos los que la pretendían. Los había muy aceptables y muchos de ellos se bañaban con jabón por lo menos una vez a la semana. Pero todos ellos tenían algo, un detalle que aún siendo insignificante, bastaba para enfriar la tentación.

Un militar de pestañas sedosas e irresistible bigote, guapo de veras aunque un tanto jamón, le desagradaba por los piés, unos «ñames» largos y fúnebres como ataúdes, que se le antojaba ver desnudos, con uñas como peinetas y falanjes salpicadas de pelos negros. Un marinó bien plantado, robusto y macizo como una «tosa» de caoba, le fastidiaba nada más que por el olor a salud y a contento fisiológico que despedía. A un barítono de sociedad le cobró feroz antipatía por haberle visto una mucosidad en una de las ventanas de la nariz. En fin, que todos le repugnaban, éste por su caspa, aquel por su lengua saburrosa, el de más allá por haberle oído mascar pan

biscochado con antipático rumor. Y desgraciado de aquel a quien en presencia de ella le bullesen los intestinos. No le volvía a ver en toda su vida.

Hasta que al fin!... entró en escena Pepito, el capitán de Ingenieros, un tipo casi helénico, a la vez fuerte y delicado, blondos y rizados la barba y el cabello, la pupila incendiaria. Y luego un espejo de limpio. Ni un grano de caspa en la americana, los dientes brillantes, la lengua roja, el aliento purísimo.

\*  
\* \*

El patiecillo era estrecho y sucio, la cocina oscura como una cueva, la letrina infecta. Solamente en la sala había algunos detalles de lujo mesocrático: canapé forrado, pedacito de alfombra, mecedora, sillas de Viena y en las paredes cromos y esterillas japonesas.

Severita entró temblando en la casucha terrera, con las faldas recogidas, evitando el roce con las paredes. No temblaba de miedo, ni de emoción por la proximidad de la culpa. Lo que la turbaba y conmovía era el temor de ver defraudada su esperanza, la sospecha de que todos sus esfuerzos serían inútiles, de que no lograría entrar tampoco aquella vez en la región de ensueño, de la que los viajeros cuentan tantas maravillas.

Dos cosas paralizaban su querencia de la sensación, la pestilencia del excusado y el presentimiento de la cuca. Allí debía haber muchas cucarachas, («blatta orientalis»), un ejército de ellas, de todas edades y matices, «volonas», coloradas, chopas, pardas, grises, y hasta blancas...

Ea, basta ya! La voluntad de luchar con la ridícula neurosis, de dominarla, surgió valiente, irresistible en la señora de Padrino. No saldría de allí indemne. Había querido tomar una lección de vida y no se iría sin ella, si el maestro la ayudaba.

Cerró los ojos, aguardando la cálida, la dulce aproximación... Poco a poco, la sensación se definía, se acentuaba, invadiendo el organismo desde los pies a la raíz del cabello. Era la onda divina que suavemente columpia y arrebató al peregrino del amor, al infeliz viajero enardecido por la promesa del éxtasis, de la región de ensueño en que flotan los crepúsculos azules y vibran misteriosamente las arpas de oro

Y de pronto, sintió un cosquilleo en la mejilla. ¿Será el bigote de Pepito? Si, seguramente será el bigote de Pepito... El viaje continúa, la onda avanza, precipitando su voluptuoso cuneo, ya la región de ensueño está próxima, el crepúsculo azulado oculta el horizonte, llegan, entrecortados y dispersos, los acordes del arpa de oro... Y

otra vez el cosquilleo. Vaya, con el bigote de Pepito.. Alzó lentamente los párpados y su mirada, incierta y lánguida, se abrió paso entre las pestañas de seda. Horror de los horrores! No era el bigote de Pepito, eran los rejos de una cuca, cómodamente instalada entre los rizos dorados de la barba!

Estalló un grito agudísimo, dos, tres, una escala ascendente, enloquecedora. Pepito se levantó de un salto, horrorizado. La señora se había vuelto loca, que compremiso! Tendría que llamar al marido, al médico, contemplábase ya envuelto en un proceso, manchada para siempre su honra de militar ..

Entonces, como el ortóptero se le corriese hacia el cuello, de súbito «lo comprendió todo». De un manotazo se desprendió del horrible bicho, que no tardó en perecer bajo su bota, con repugnante chasquido.

Quiso entonces el muchacho acercarse a Severita, tranquilizarla con palabritas de almíbar. Pero ella le rechazó con energía casi masculina, sacudida por espasmos dolorosos que produjeron la náusea y después el vómito.

\*  
\*\*

Salvóse, pues, como suele decirse, en una tabla, la virtud de Severita y la frente

de Padrino. Se acabaron las lecciones de vida, los conatos de viaje a la región de ensueño, de la que los viajeros cuentan tantas maravillas.

Y como todo favor con ingratitud se paga, la señora de Padrino, lejos de venerar al apreciable ortóptero, de agradecerle su intervención milagrosa en defensa de la virtud, se sentía cada vez más inclinada a odiarlo y a perseguirlo.

Apenas divisaba un ejemplar de la infortunada «blatta» ya estaba llamando a Padrino para que lo matase, pues ella a tanto no se atrevía.

Su voz aguda, cruel, llegaba hasta los últimos rincones de la casa.

—Ciriliiiiito, una cuca!!!

Y una sonrisa irónica, malévola, desfiguraba su linda boca, cuando el buenazo de Padrino descargaba el golpe con uno de sus enormes zapatos, diciendo muy satisfecho:

—Severita, ya murió!

# MEMORIAS DE UN HIPOCRITA

# MEMORIAS DE UN HIPÓCRITA

---

A JAIME SINTES REYES

Anoche, al escribir el rótulo que encabeza estos apuntes, fui sorprendido por mi tío Joaquín, que entró en mi despacho según suele hacerlo, enervado como un signo de interrogación y cantando entre dientes.

Dijome que el título no era de su agrado, que lo tenía por excesivamente duro e injusto.

—Tú no eres un hipócrita, Miguelón. No llegas a tanto. ¿Quieres que te bautice la criatura? Pues mira, pónle.. «Las confidencias de un cuco», o mejor, si quieres que la cosa sea una autobiografía «Las confesiones de una hoja de álamo».

Al quedarme solo, medité largamente, hasta la ahora de acostarme.

No es que pretenda un título resonante para ésto que no será obra literaria, pues ni el asunto lo merece, ni yo tengo alientos para escribirla. Lo que deseo es que la sinceridad resplandezca desde el principio y

se manifieste por tanto desde el título, que debe ser el pregón y fiel anuncio de lo que uno tiene que decir al público.

Héme aquí, pues, queridos amigos, con la cabeza entre las manos, rodeado del cariñoso silencio de mi viejo caserón, preguntándome con cierta ansiedad:

—Miguel, eres un hipócrita?

Ante todo, señores, hay que hacerse cargo de lo que la palabra significa.

Consultemos el venerable diccionario que fué de mi bisabuelo. Hipócrita... hipócrita... «el que finje lo que no es o lo que no siente».

Pues nada. Para averiguar si la definición me cuadra, recorramos todos las *manifestaciones* de mi vida privada y social.

...Yo nunca faltó los domingos a la *misade doce* en la Catedral, acompañado de mi mujer y de mis niñas, soy amigo del señor Obispo a quien visito el día de su santo y el de año nuevo, compro bula y me confieso todos los años, doy dinero para las procesiones de Semana Santa y para el Tesoro de San Pedro. Y sin embargo, puedo llamarme católico aquí, a solas, en este diálogo conmigo mismo?

Yo quiero ¿qué duda cabe? y estimo sobre todo a la *buena compañera de mi vida*, jamás le he dado un disgusto gordo, la entrego todo cuanto necesita para lo útil y

hasta para lo supérfluo. Y sin embargo, sería justo que en un suelto necrológico, por ejemplo, se me llamase *esposo amantísimo*?

Yo no apuro exageradamente a mis arrendatarios, ni tiranizo a mis deudores, a quienes nunca he cobrado mas allá del ocho por ciento, yo estoy suscripto a la obra benéfica del Pan de los pobres, y hago limosna todos los sábados (jamás entre semana). Y sin embargo, soy un hombre caritativo, lo que los bobos llaman *altruista*?

Yo soy de los que se llenan la boca con la *Patria grande*, de los que hacen profesión de fé en la vitalidad de nuestra raza, de los que aplauden los párrafos enfáticos de nuestros oradores locales en que se invoca a la bandera, a nuestros gloriosos recuerdos (la epopeya de ocho siglos, las carabelas, el gran Capitán, San Quintín, Lepanto etc.) y sin embargo, decidme, merezco que me llamen patriota, buen español?

Y a todos estos interrogantes, que me recuerdan la silueta de mi tío Joaquín, me contesto.—No, Miguelón, no, no y no. Tú no eres católico, porque no crees todo, absolutamente todo lo que enseña la Santa Madre Iglesia; ni siquiera cristiano porque tu alma mesocrática, egoísta y ramplona, es incapaz de amar a Jesús. No eres un buen marido, porque no quieres a tu mujer con amor profundamente animal, exclusivo e

insaciable, sino que le propinas una dosis afectiva, casi mecánica, regular y periódica como una intermitente, creyendo no ofenderla con tus trapicheos y tus líos (hola!) bien calladitos y tapados. No eres caritativo ni *altruista*, porque tus limosnas, repartidas perra a perra, nunca llegan al medio duro semanal y eso que eres rico de veras, (no te llores) sobre todo después del alza de *nuestros frutos*, ni jamás has perdonado un céntimo a nadie, ni has acudido nunca con la mano abierta allí donde no te llamaban y a donde precisamente debieras haber ido, ni has pasado jamás una noche en vela a la cabecera de un enfermo, ni te has sacrificado por nadie. Y en fin, querido Miguelón, no eres buen patriota porque no tienes fé maldita en el porvenir de nuestra raza, antes bien, crees en el próximo hundimiento de la nacionalidad, ni te importa un bledo la instrucción y el bienestar del pueblo y si alguna vez has aceptado un cargo público ha sido, no con el propósito de cumplir deberes de ciudadanía, si no con el de *estar en condiciones* de hacer favores a costa del pro comun.

Y sin embargo, oid a las gentes, por ahí:—Don Miguel María Terreguero, que hombre tan cabal, tan desprendido, tan buen cristiano, tan... tan *¡sério!*

Otra cosa. Vivo y como yo vosotros,

queridos compañeros de planeta, rodeado de innúmeros tipos despreciables, estafadores, ladrones, tahures, prevaricadores, bandidos, en fin a quienes, por vestir de chaquet o de levita, doy a cada instante la mano y aún palmaditas en los homoplatos.

Ahondando en las causas de esta mi idiosincracia no las hallo, por desgracia mía, en elementos circunstanciales. Porque, lo que yo digo: Señor, la hipocresía sería disculpable en el hombre mil veces infeliz que dependiera de la política, que necesitara cepillar pezuñas de caciques para dar de comer a su familia o cuya profesión (médico, abogado, etc.) precisara el favor del público para ser lucrativa... Pero yo, por los clavos de Cristo, yo Miguel Maria Terreguero, propietario de platanerás y de agua, gran contribuyente, accionista del Banco de España ¿porque adulo, finjo, reparto sonrisas y palmetazos en espaldas y barrigas, cuando de nadie necesito y por el contrario, muchos necesitan de mí? ¿Porqué hablo bien de todo el mundo, *aún por detrás*, que a tal extremo he llevado la perfección de mi sistema?

Ay, amigos míos, queridos amigos, es que se trata de una enfermedad orgánica, que interesa a la entraña, a la esencia misma del carácter. Soy *un caso*, ojalá no muy frecuente, de dolencia volitiva, de caquexia

moral. Soy un tuberculoso de la voluntad, y por tanto incurable.

No, Joaquín, titi Joaquín María Terreguero, no cambio el título. Lo dejo como estaba. Estos apuntes, autobiografía, recuerdos, confesiones o como quieras tú llamarlos, no llevarán otro título que el ya escrito:

«Memorias de un hipócrita».

---

# EL PALOMO ROBON

# EL PALOMO ROBÓN

## RETRATO VIEJO

### A BALTASAR CHAMPSAUR

Sobre el obscuro fondo de suntuosos cortinajes, entre los cuales aparece la balaustrada de un balcón y el ramaje de un jardín de ensueño, se destaca la figura de un varón elegante, vestido de levita, de bigote y perilla negros y rizados, y cabellera romántica. El sombrero de copa, el *bollo*, suerte de tubo largo y cilíndrico, descansa sobre un taburete próximo.

¿De quien es el retrato? Diríase el de Espronceda, tal es su semejanza con el que adorna el tomo de poesías del divino Pepe, edición de 1840. Nos consta que de tal parecido se jactaba el original, Frasquito del Rosario, de cuyo retrato hablamos, obra de uno de los más antiguos fotógrafos de la ciudad, Angel Vidal, que tuvo hace muchos años su *cabaña* en la calle del Colegio, a mano izquierda subiendo.

La fotografía se ha perdido, pero aun dura en la memoria de algunos viejos el recuerdo de aquel hombre alto, forzado y simpático, alférez de milicias y empleado de

Barba, Cumella y Compañía, maestro en el gay saber canario de isas, folías y malagueñas y sobre todo, ay, sobretodo, *cosaco* devastador de corazones, *bajel pirata* ante el cual se arriaron muchos pabellones, de todos tamaños y colores. De aquí su *nombre* te isleño, el *palomo robón*, debido a la afinidad de sus costumbres con las del macho colombino, raptor de las hembras del palomar ajeno.

Oh, Frasquito del Rosario, era para nosotros, los chiquillos de aquella época, la encarnación viviente de Gustavo el Calavera, héroe de una de aquellas novelas de Paul de Kock, que deshonraban nuestras carpetas del Colegio de San Agustín, ocultas entre el Diccionario latino y la traducción de Raymundo de Miguel. Como el relato de todas las aventuras de nuestro Frasco resultaría tan largo y tal vez más fastidioso que el poema de Mio Cyd, nos reduciremos a una sola, que nos fué contada por D. Serafín María Penino, amigo y confidente del Palomo. De ambos nos hemos despedido, hace ya muchos años, *en el sitio de costumbre*.

\* \* \*

...Era en aquellos días de no sé que año, en que *actuaba* en el único teatro de la ciudad que después se llamó *viejo*, la compañía de zarzuela de Isidora Segura.

No hay que decir que tan pronto como desembarcaba por el muelle o por el Confital una compañía de cómicos, ya estaba el palomo revoloteando en torno de la fonda del «León de oro», calle de la Pelota, en la que solían alojarse los artistas. Esta vez, como las primeras partes eran señoras casadas y algunas hasta madres de familia (la tiplé cómica criaba a dos gemelos) el robón hubo de reducir sus aspiraciones a una señorita del coro.

Estamos seguros de que nadie se acuerda hoy de aquella gaditanilla, diminuta y frágil como una muñeca, Lucía Trimiño. Se dijo entonces que *andaba detrás de ella* el mayorazgo Teodorito Moretón, tan feo como bruto, y que éste había ofrecido a la chica un talego de onzas. Oh signo de aquellos tiempos, tan diferentes de los nuestros! La victoria fué de Espronceda, que ganaba entonces quince pesos mensuales.

\*  
\* \*

Había terminado la temporada y la Compañía se embarcaba tal como el lunes en la «Estrella» para tomar en Santa Cruz un paquete que la llevaría a Cádiz.

Entonces fué cuando Frasquito tuvo una idea que solo a él, simpático y popular como era, podía permitírsele en aquellos tiempos de formalidad y recato, la idea de

sacar de su casa a la muchacha y de pasar con ella un día y una noche fuera de la ciudad.

...Aun no había amanecido cuando el charabán de Pancho el veguero, con los faroles apagados, les dió alcance cerca de los poyos del Obispo. A las siete llegaron a Andux donde dejaron el coche y después de una hora de fatigoso viaje por la arena movediza, a San Joseph de la Colonia.

Un amigo de Frasquito le había confiado las llaves de una de las pocas casas que aun quedaban en pie, frente a la playa.

La mañana era de Septiembre, límpia y azul. El mar dormía, teudido con indolencia, sacudiendo a intervalos su espalda brillante, como si turbase su descanso un ensueño ligero y voluptuoso.

Comieron dentro de la casuca, servidos por Soledadilla, la nieta de tío José el del Patrimonio, y luego se sentaron a la sombra de unos tarahales, frente al mar.

Frasquito empuñó la guitarra y su voz algo enfática y temblona de barítono atenuado, recorrió el repertorio de las danzas de la época, de ritmo lánguido, perezoso y dulzón.

Unas eran obligatorias en las serenatas y se cantaban al pie de la ventana, con mucho calderón y mucho portamento

Niña la de ojos negros  
Como mis penas.

Otras cuadraban maravillosamente a  
las noches de luna, pasadas sobre una este-  
ra, en la playa transparente del Cayo

Cuando en la noche la blanca luna  
Su luz derrame sobre la mar...

Otras evocaban imágenes tropicales, re-  
membranza de paisajes exóticos, poetizados  
por la distancia.

Allá en un bosque de la India  
Donde nunca se vé el sol...

Después el palomo la emprendió con el  
surtido inagotable de melodías que él había  
heredado de su tía Madalenita, algunas  
muy viejas, que evocaban en el chico la  
imagen de los estrados del siglo XVIII, del  
clavicordio y de la vihuela,

Ya no voy al bosque a coger madroños,  
Porque Bartolillo como es tan zambombo

Otras eran puramente sentimentales y  
amatorias como esta (letra de Campredón)

Suspiros hay mujer,  
Que ahoga el labio en flor...

Y las había vibrantes, rotundas, triunfadoras como ésta otra, que de seguro recordará a los viejos las inocentes orgías de los carnavales de su juventud,

Ven, bien mío  
Tú mi llanto  
Mi quebranto  
Calmarás,

...La mañana espléndida, desplegaba, lentamente su manto dorado y azul. Cuando el sol culminó, difundiendo por mar y cielo su sonrisa paternal y benévola, Frasquito, en el colmo del *embullo* se puso en pie y rodeando con fuerte brazo el talle de la Trimiño, ébrio de juventud y de dicha animal, entonó a voz en cuello la famosa invocación.

Al ver, en la inmensa llanura del mar...

\* \* \*

Ya puesto el sol, los chicos se sintieron aburridos y algo tristes, sin saber porqué. Frasco se sentó bajo los tarahales, frente al mar, y ella vino a acostarse sobre las piernas de él, reclinando la cabeza sobre el duro pecho varonil.

Al poco tiempo, notó que la muchacha se había quedado dormida, cediendo al cansancio de la noche anterior sin sueño, del

día de jolgorio pasado al sol y al aire libre. Inclínose para verla de cerca y le pareció que por primera vez la *veta*. El creía que la Trimiño, la *cantante asediada* por la concupiscencia de los isleños, la que él había arrebatado de entre las pezuñas del sátiro Morotón, era de otro modo. *Aquella* era una pobrecita, una miserable, con su cara consumida, sus profundas ojeras, su expresión conmovedora de resignación y de tristeza. También por primera vez *vió* el trajecito de merino desteñado, los pobres zapatos marchitos por el uso, las *joyas*, un apillo de mezcla, unos zarcillos con una piedra verde... Una lástima infinita le oprimía el corazón, mojaba sus ojos con lágrimas amargas.

...Unas horas pasaron. Apareció a lo lejos la luna y su claridad tendióse sobre las aguas, trazando un sendero vibrante desde la línea confusa del horizonte hasta la arena trasparente de la playa.

El espacio, bajo la suave claridad lunar, parecía sumido en una suerte de espectación inmensa. Era un paisaje de ensueño; todo blanco, en el que flotaba una sensación de infinita felicidad.

De cuando en cuando bajaba la cabeza, besaba fervorosamente los párpados de la niña dormida, la mecía lentamente, arrullándola con el extraño *arroró*, llegado

hasta nosotros misteriosamente, a través de los siglos, no se sabe de donde

Arroró niña chiquita  
Que tu madre no está aquí,

Y así terminó la aventura de la Trimiño; que de labios del Palomo escuchó con asombro su amigo del alma, Serafín María Penino.

**FIN**

---

---

# INDICE

	<u>Página</u>
Doña Juana . . . . .	5
El desriscado. . . . .	105
Madrina . . . . .	119
Lo invisible . . . . .	127
Vágula. . . . .	139
Cómicos en Las Palmas . . . . .	149
El Tigre de Bengala . . . . .	169
El Pajcillo Negro . . . . .	177
Tantalillo . . . . .	185
Blatta Orientalis. . . . .	193
Memorias de un hipócrita. . . . .	203
El palomo robón. . . . .	211

